

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 68.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÚ, 1.—MADRID

15 de Abril de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La evolución de la filosofía en España*, por Federico Urales.—*De la clasificación de los fenómenos sociales*, por Raúl de la Grasserie.—*Campos, fábricas y talleres*, por Pedro Kropotkin.

CIENCIA Y ARTE: *Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Manifestaciones literarias y artísticas*, por Armando Guerra.—*Los malos pastores*, por Octavio Mirbeau.—*París*, por Emilio Zola.

SECCIÓN GENERAL: *Entre jaras y brezos*, por Aurelio Muñiz.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO QUINTO)

Dos doctrinas y dos estados orgánicos acabamos de señalar: El positivismo y el naturalismo de la filosofía griega, corresponden á un excelente estado del cuerpo. El espiritualismo y el asceticismo de la filosofía cristiana, corresponden á una degeneración del organismo humano. Diremos más. El rigor cristiano es á la complacencia y liberalidad pagana, lo que el rigor luterano es á la expansión católica, pagana casi, de los siglos XIV y XV, cuyos efectos obedecen también á las mismas leyes orgánicas: al misticismo *de los hermanos del espíritu libre* que tanta preponderancia tuvieron en los países del Rhin durante el siglo tercero y sucesivos por lo que respecta á Lutero, y al liberalismo pasional de los Papas que gobernaron la Iglesia católica en los siglos primeramente mentados.

Este fenómeno físico-filosófico se produce varias veces en la historia de la filosofía. Según los caracteres fisiológicos de las razas y de los pueblos, las ideas se conciben tristes ó alegres, deprimentes ó expansivas. Lo mismo acontece con el organismo individual. El hombre se representa el ideal en relación con sus condiciones orgánicas. Para unos, la religión, una misma religión, es sombría; otros la conciben llena de luz, arte y colores. En verdad que la diferencia no está en la doctrina, sino en la composición material de cada adepto. La vida misma es cosa detestable ó apetecible, según las condiciones que reunamos para gozarla, y si sobre ella han de legislar los degenerados en sus diferentes matices y manifestaciones, legarán á las humanidades futuras una religión de martirios y sacrificios. En cambio, si preguntáis el parecer de los fuertes y sanos, os dirán que la vida en sí es ya un placer, y que su objetivo es el goce, viendo flores hasta donde puede haber espinas, al contrario de los que *sufriendo gozan*, que ven dolores donde sólo hay placeres.

La anarquía, el ideal más sano y alegre que ha concebido el cerebro humano, tiene también místicos. Son aquellos que sólo practican de la doctrina el sacrificio en

bien de la humanidad y que únicamente sienten amor infinito por sus semejantes. Estos serían nuestros santos si el ideal lo permitiera. La parte vital de la idea, la cargada continua que representa la satisfacción de los deseos, propósitos y pasiones, no tiene atractivo para ellos. Al contrario, los han sacrificado á la propaganda, al bien al prójimo, concluyendo como los místicos del cristianismo, por perder las cualidades orgánicas que se necesitan para sentir pasiones, es decir, para vivir el ideal. Así se ha acentuado su degeneración orgánica, convirtiéndolos en místicos de la anarquía, sacrificando vida y bienestar en favor de ésta. Para ellos, la idea es un sacrificio perpetuo. Se sacrifican por el primer semejante que encuentran al paso y por el amor que el pueblo les inspira son un peligro para todo tirano. No viven por el ideal; mueren por él. En cambio hay anarquistas que sólo ven de la anarquía la parte que convida á gozar y que otorga bienandanzas, creándose en medio de ambos caracteres psíquicos el que está en las pérdidas y en las ganancias. Pero estas manifestaciones de interpretación y práctica doctrinal son una consecuencia fisiológica del individuo, no de la esencia de la doctrina, y ahondando más el asunto encontraríamos que nuestro estado físico psíquico es otro efecto, es un efecto del ambiente que nos rodea, defectuoso en todos los mortales, en unos por defecto y en otros por exceso de alimento, de trabajo y de higiene. Por manera que si no hubiese *sociedad* humana, si los hombres fuésemos un animal más, si no nos distinguiera de los demás animales moral alguna, ni esta que se pretende establecer con el nombre de derechos y deberes; si rompiéramos toda ley y no nos preocupásemos del por qué de las cosas, ni de existencias sobrenaturales, ateniéndonos á lo que siente nuestro cuerpo, se unificarían las leyes orgánicas de la especie humana, se unificarían las psíquicas y viviríamos el ideal señalado por la Naturaleza, sentido y gozado por todos los animales en sus diferentes grados intelectuales, menos por un animal que se llama hombre, porque ha dado en escribir leyes, religiones, deberes morales y otras causas de la división humana, división de caracteres, de inteligencia y de categoría.

¿Que no habría progreso, que no habría civilización?

Error, error y error. El progreso y la civilización no dependen de nosotros. Así como nacemos, crecemos y morimos, sin que para nada intervenga nuestra voluntad en el fenómeno de la vida, ni en el de la muerte, así también progresamos y nos civilizamos sin querer. El progreso y la civilización son un efecto inmutable de leyes que toman al hombre por instrumento. Tan inútil es decir no quiero progresar, como inútil es exclamar no quiero crecer. Progresamos y crecemos por una ley superior á nosotros y que conocemos con el nombre de evolución.

Sin leyes escritas, sin moral, sin dogmas, la evolución natural estaría mucho mejor asistida de lo que lo está ahora, porque ninguna barrera se opondría entre el hombre y la Naturaleza. Las plantas y los animales comen, beben, aman y se reproducen cuando la Naturaleza lo demanda ó lo permite. ¿Puede decir lo mismo el hombre? No; porque el hombre come, bebe, ama y se reproduce cuando la moral, la ley y la sociedad lo conceden. ¿Tenemos motivos para creernos el tipo que la evolución ha formado? De ninguna manera. El naranjo que plantamos en la maceta es muy diferente del que hay en el huerto. De uno á otro va la distancia que media del hombre natural, cuya formación vislumbramos, al hombre social representado por nosotros. Locura sería dar al naranjo de la maceta la representación de los naranjos que la Naturaleza forma. Sin embargo, en ella, el hombre *civilizado*, el hombre *social*, representa lo que aquel naranjo en su género: una degeneración. ¿Por qué?

Porque no reciben los beneficios naturales que necesitan para su salud, vigor y lozanía. Pero lo que no pretendemos en el árbol lo pretendemos en el hombre. Queremos que un ser enfermizo y degenerado sea la representación más perfecta de la especie en la evolución. Si es de cuerdos suponer que el naranjo del huerto dará fruto más abundante y sabroso que el que tenemos en la galería, ¿por qué no ha de serlo admitir que el hombre de la Naturaleza, con sus libertades, con sus pasiones, con sus energías, ha de ser mucho mejor que el de la sociedad, con sus leyes, su moral y su religión? Si malo, *moral y físicamente*, es el raquitismo en la planta, malo ha de ser en el individuo. Los actos, las obras y los descendientes del hombre degenerado, que son su fruto, serán de la misma condición que el fruto del árbol degenerado, y si la causa de la degeneración humana es la explotación del hombre por el hombre, que nos priva de pan, de tranquilidad, de sol, de aire, de humor, de reposo, de satisfacciones y de alegrías, haciendo de nuestros explotadores nuestros semejantes, la *epidemia moral y física* que padecemos desaparecería á pocas generaciones que se sucedieran.

*
* *

Sin duda alguna que hacia este ideal de la Natureleza y del individuo dirige sus pasos la ciencia y la sociología. Muchos son los ramos del saber humano que hacen de la higiene un preservativo para las dolencias del cuerpo y para las del cerebro. Del cerebro se cuida la psicología, la psiquiatría, la antropología y hasta la biología con sus derivados; del cuerpo, la medicina, la biología, la cirugía, la fisiología y la anatomía con sus derivados también, completándose mutuamente y completándolas á todas la química. Pues estas ciencias y las que de ellas se derivan, presentan á la higiene, no sólo como un auxiliar, sino como un sucesor, es decir, que con un buen método higiénico serían inútiles las ciencias que de la salud del hombre se ocupan.

¿Y cuál es la obra de la higiene? Pues la creación de un hombre sano, fuerte, robusto y hasta hermoso, porque la limpieza y el ejercicio contribuyen á la hermosura de la especie. Luego, si todas las ciencias que curan las enfermedades del hombre presentan á la higiene como su sucesor y resumen, estiman que debe procurarse la formación de una humanidad sana y fuerte, tanto más buena, moral é intelectualmente, cuanto sea más buena físicamente.

Y ahora que el lector, cualquier lector, sin necesidad de que sea un sabio, recapacite lo que la ley, la moral escrita, la religión y la propiedad se oponen á la higiene. La ley y la propiedad privan hasta de comer á la mayoría de los humanos, y la primera condición de la salud es que la comida sea abundante y asimilable. Además, la ley y la propiedad obligan á los hombres á que trabajen más de lo que pueden y en malas condiciones. El que trabaja en locales antihigiénicos y más de lo que permiten sus músculos y sus alimentos, tampoco puede estar sano.

La moral y la religión se oponen á la higiene asimismo.

Si la propiedad y la ley inutilizan los pulmones y los estómagos por exceso de trabajo y por defecto de alimentos ó por sus malas condiciones, la moral y la religión impiden á los hombres las satisfacciones sexuales, las cuales no habrían de tener otro obstáculo que el hecho de sentir sus deseos. Espanta el número de enfermedades que tienen su origen en la abstinencia amorosa.

Por otra parte, á muchos semejantes nuestros ha quitado el juicio los misterios y castigos divinos; una religión de odio y de venganza, sombría y severa. La última

víctima de la inquisición española, fué una mujer que había cometido el delito de lavarse desnuda.

La religión, pues, es quizá la más antihigiénica de las abstracciones. No obstante, todas se oponen, de una ú otra manera, á la salud del cuerpo y del cerebro, y siendo el resultado de la higiene la fortaleza, la gracia, el vigor y la energía, las ciencias que la presentan como su sustituto, proclaman la derrota de la sociedad, esto es, de la ley, de la moral, de la propiedad y de la religión, y el triunfo de la Naturaleza con un hombre esbelto, fuerte y sano. Por esto dijimos antes que la ciencia dirigía sus pasos hacia nuestro ideal de la Naturaleza y del individuo.

Consideramos innecesario demostrar que la sociología concurre á la formación de la misma obra. Todo el mundo comprende que la misión de aquélla es cambiar las bases que sostienen las presentes sociedades. La sociología moderna toma á la Naturaleza por norma de la sociedad que construye. Lo que sea contrario á la salud del hombre, es contrario al hombre. Fuera, pues, religiones, morales y leyes. ¡Tierra y libertad! ¡Naturaleza y libertad! Ese es el grito de la sociología.

*
* *

Es preciso tener en cuenta que la ley, la religión y la moral, son un medio de someter unos hombres á otros. Fijaos en que están compuestas de reglas prohibitivas y coercitivas. ¡Eso es crimen, eso es pecado, eso es delito! os dicen á todas horas y en todas partes, y cada prohibición de esas supone un privilegio para las clases directoras. Claro que á vuelta de generaciones, estas reglas ó *fantasmas psíquicos*, crean el órgano en nuestro cerebro y el hábito en nuestras costumbres; pero esto no es obstáculo para que la naturaleza individual, no de los genios, de los hombres, se rebele constantemente contra toda moral, ley y religión que se oponga á nuestras pasiones. Recordad que á los santos ó á los locos que hacen votos de castidad, *el demonio en forma de mujer se les aparece de noche*. Lo que se les aparece es la Naturaleza en forma de mujer hermosa, para hacerles rendir dormidos el tributo que se niegan á rendirle despiertos, si es que aún hay alguien que se los niegue.

Lo mismo exactamente le sucede á toda ley ó moral que se oponga á nuestros amores, á nuestras ideas, á nuestras costumbres; á los gritos del estómago, á los del corazón ó á los del cerebro. La Naturaleza nos llama continuamente á la rebelión y cuanto más vida y naturaleza hay en nosotros, más eco encuentra la rebeldía. Sólo un vago temor al castigo nos hace *deshonrar* las leyes naturales y honrar las sociales, y si penetráramos en el secreto del organismo judicial y legislativo, hasta este temor perderíamos.

Los defensores más acérrimos de la ley, de la moral y de la religión, son los que menos las respetan. Si las leyes sociales no se opusieran á las naturales, los legisladores en moral, religión y ley, ¿dejarían de respetar su propia obra? Y si los autores de una condición prohibitiva, cualquiera que ésta sea, no acatan las leyes que ellos mismos han formulado, ¿han de acatarlas los demás? Si con toda su buena voluntad los jueces no cumplen la ley, ni los sacerdotes la religión, ni los moralistas la moral, ¿para qué sirven las leyes coercitivas más que para sujetar al esclavo á la tiranía de la clase que representan los jueces, los sacerdotes y los moralistas?

No hay duda que la moral, la religión y la ley tienen su origen en la sumisión del hombre á otro hombre. Así se formaron la sociedad, la civilización y el ser humano que sufrimos. Libre éste, sin otra dificultad á sus deseos que la impotencia natural,

carecerían de objetivo las reglas coercitivas, porque ahora existen únicamente como garantía á los privilegios de una clase.

Escrita la condición, la pauta para las acciones humanas, la costumbre de legislar que ejerció una clase, produjo el órgano legislativo, la casta de los sacerdotes y de los pensadores con sus Consejos, Concilios y Asambleas. En el organismo social, como en el humano, la función crea el órgano. Constituido el aparato fisiológico, legislativo en la sociedad, la casta de los pastores necesariamente había de producir pensamientos en extremo profundos y morales, y cuanto más producía esa gente, peor para la especie humana, porque se aumentaban más obstáculos entre ella y la Naturaleza, hasta el extremo de constituirse una obra intelectual, legislativa, filosófica, religiosa, completamente opuesta á la dicha del hombre. Creemos sinceramente que la próxima revolución, si tiene por objeto hacer un ser libre y feliz, ha de destruir los libros de filosofía, de leyes, de moral y de religión que han escrito los sacerdotes y los filósofos en perjuicio de la salud y de la dicha humana.

FEDERICO URALES.

(Continuará.)

DE LA CLASIFICACIÓN DE LOS FENOMENOS SOCIALES

POR

Raúl de la Grasserie (De «L'Humanité Nouvelle»).

Los fenómenos sociales son hechos considerados aislada ó colectivamente, que resultan de la existencia ó de la manera de funcionar de la sociedad; se clasifican naturalmente en uno ú otro grupo; existen, por ejemplo, hechos económicos y hechos políticos; tienen naturaleza distinta y cada categoría, entre estas variaciones, posee caracteres comunes fáciles de reconocer. No es, sin embargo, su clasificación tan sencilla como parece á primera vista. Será indudablemente muy fácil de distinguir un fenómeno artístico de otro jurídico; pero de una parte los fenómenos jurídicos y los políticos pueden confundirse porque son limítrofes, y de otra se puede dividir y subdividir más ó menos, establecer como divisiones lo que otros estiman subdivisiones, y, en fin, estatuir jerarquías diferentes en las divisiones, aun aquellas acerca de las cuales se está de acuerdo, y constituir de modo distinto el cuadro general y la síntesis. Por último, es fácil confundir dos órdenes de ideas que se relacionan y tomar por fenómeno sociológico el que sólo es psicológico ó biológico.

¿Qué utilidad tiene tal clasificación con sus dificultades teóricas y sus probabilidades de error? La misma que la de todos los ensayos intentados de clasificación general de las ciencias; es aún mayor porque se trata de una clasificación interna, menos ambiciosa, más práctica. Suministra una luz interior, gracias á la cual se posee un cuadro fijo de las ideas de tal ó cual ciencia, donde las ideas, los hechos, los principios se colocan y se coordinan lógicamente. Prepara mejor la comprensión. Además, con la clasificación natural se penetrará en el orden y correspondencia de las diversas partes y de los objetos que contienen y con frecuencia en el génesis de ellos. Es una ordenación previa esencial y si se presenta al comienzo de cada ciencia, al término de ella se revela de nuevo y entonces condensa en sí todas las consideraciones aducidas en su jerarquía propia, las resume y puede constituir la síntesis definitiva.

La clasificación de los fenómenos sociales implica la de los objetos sociales mismos; en efecto, estos fenómenos son la producción intelectual, la acción resultante de su acción vital y funcional, y si se han clasificado bien, se ha establecido á la vez la serie del órgano social que los ha producido. Equivale, pues, clasificarlos á clasificar la sociedad misma y la ciencia que la estudia, la sociología, y á dividirla en sus diversas partes, trabajo de análisis, seguido de recomposición y síntesis, á cuyo término queda percibida y comprendida toda ella. Claro está que tal trabajo se cumple mejor en el hecho producido, abundante y numeroso, que en el productor, cuya potencialidad oculta sólo se manifiesta en los hechos separados para observarlos más exactamente.

Los diversos hechos ó fenómenos sociales pueden ser aislados ó reunidos. En el primer caso, el fenómeno es accidental y sólo puede ser considerado como tal, aunque sea fácil reunir un cierto número sin comprenderlos todos. Pero nunca se excede el grado de lo concreto, aunque exista ya una cierta generalización. Reunidos y comparados todos los hechos del mismo nombre, procurando inferir las leyes, de las cuales llegan á ser fenómenos abstractos, se les da sobre todo el nombre de fenómenos. En el primero se trata de *fenómenos sociales, históricos ó geográficos*, ó más exactamente geográfico-históricos; en el segundo de *fenómenos sociales sociológicos*. Los primeros son *contingentes*, los segundos *absolutos* ó tienden á lo absoluto.

Además, los fenómenos sociales consisten en hechos considerados cualitativa ó cuantitativamente, ó de las dos maneras á la vez. El examen cuantitativo es propio de la estadística; existe una estadística social. De excluir el examen cuantitativo, es imposible educir de los hechos sociales consecuencias generales. Un fenómeno esporádico carece del valor del fenómeno habitual.

El estudio de los fenómenos comprende, con el de su existencia, el de los medios en que se desenvuelven y el de sus factores. Los *medios* son el del tiempo, la época histórica, el del espacio, el suelo habitado y el ambiente, y, por último, la raza. En cuanto á los *factores*, son materiales ó intelectuales. Pero no necesitamos detenernos en tales extremos, proponiéndonos ahora sólo clasificar estos fenómenos.

La sociedad es un ser *superorgánico* al hombre, de donde resulta que la *sociología* excede de la *psicología*, así como ésta de la *biología*, aunque en ella tenga ésta su fundamento y la primera su fundamento lejano; quiere decir que las divisiones de estas ciencias se vuelven á encontrar naturalmente en la sociología y, por tanto, en la sociedad y en los fenómenos sociales. Se puede aventurar que los fenómenos sociales son *fenómenos humanos* (ya biológicos, ya sociológicos) *transformados*.

La sociedad, tal como se observa en los diversos pueblos, superior al espíritu individual y aun al cuerpo individual, ó, en otros términos, la sociología á la psicología y á la biología, es inferior al conjunto de la humanidad, considerada en su síntesis y como un solo hombre. Si la humanidad aparece como superior á las sociedades, existen más allá y por encima de los fenómenos sociales los fenómenos de la sociedad universal humana, aún no realizada, pero realizable, sociedad humana.

También por encima de esta sociedad total del género humano se encuentra la de todos los seres humanos y extra-humanos que componen el mundo entero, la *cosmosociedad*, cuya ciencia es la *cosmosociología*. Esta cosmosociedad produce sus fenómenos cosmosociales. La cosmosociología, según hemos indicado en otra parte, es una ciencia generalmente designada con el nombre algo vago de filosofía en varias de sus ramas y que consiste realmente en los resultados sintéticos de las ciencias particulares, formando una ciencia común é integral.

No nos ocuparemos aquí de estas sociedades suprasociales, sino de la sociedad humana y de sus fenómenos especiales, aunque hayamos debido indicar la existencia de aquéllas.

La principal y más comprensiva división de los fenómenos sociales es en fenómenos históricos y contingentes y en fenómenos sociológicos propiamente dichos. Comenzaremos por los segundos, los únicos susceptibles de una clasificación científica verdadera.

En efecto; los fenómenos históricos son, comparados con los sociológicos, lo que en otro orden de ideas son los fenómenos meteorológicos respecto á los físicos ó químicos, sumamente variables y susceptibles de leyes sólo cuando forman grandes masas. No se ha de olvidar que en este conglomerado se forman los fenómenos sociales.

PRIMERA PARTE

Clasificación de los fenómenos sociales sociológicos.

Tales fenómenos se manifiestan en la observación de los hechos históricos numerosos polarizados de la misma manera y concordes entre sí. Se los coloca según orden ideal, para poder estudiarlos sin confundirlos con los demás, que los oscurecerían, para poder reunirlos después y sin que su combinación pueda inducir á error.

Estas clasificaciones pueden ser más ó menos comprensivas, lo que supone que contienen divisiones y subdivisiones.

Entendemos que aquí la división principal debe ser única. He aquí en qué consiste.

Los fenómenos sociales, en su conjunto, pertenecen á la sociología *interna*, á la sociología *central* ó á la sociología *externa*, es decir, á la sociedad considerada en *los elementos* que concurren á formarla y que entran entre sí en relaciones sociales, ó á la sociedad considerada en su *conjunto* y obrando á su vez como una persona, ó á la sociedad que entra en *relaciones* con otras sociedades.

Todos los cuerpos poseen un aspecto interno y otro externo; pero las palabras *interno* y *externo* pueden engendrar equívocos si se toman en este sentido. Se trata de la sociedad formada é individualizada y de la considerada en sus elementos de formación; en el primer caso sus funciones son centrales; en el segundo son locales é interiores; en fin, si entra en relación con otras, es considerada como externa.

Por no hacer tal distinción se han engendrado numerosas confusiones. Por ejemplo, se trata de las funciones de reproducción, según la teoría orgánica, ya se hace consistir las de la sociedad en la función demográfica de que la población de un país aumente ó disminuya, ya en el caso de la colonización cuando una sociedad engendra otra, ó en el de la anexión, cuando se une con ella, y á veces se acumulan en la clasificación los dos fenómenos que parecen repelerse. Los dos pertenecen á los fenómenos de la reproducción social; pero el primero á la reproducción *internā* y el segundo á la *externa*.

Precisamente tal ejemplo nos servirá para comprender la diferencia entre ambas. Para que exista una sociedad ha de perdurar la nación que la forma en sus miembros individuales. Si no existen franceses, ¿cómo ha de existir la sociedad francesa? Bastará que dos individuos subsistan, aunque no formen más que una familia, si se reúnen, pero no reconstituirán una sociedad, si no reproducen un número suficiente de hombres de su raza; en tanto han conservado una *sociedad potencial*, pero no una *sociedad*. Depende, pues, la existencia de una sociedad de los fenómenos de reproducción de

los individuos que la componen, y estos individuos se reproducen socialmente si se considera esta reproducción desde el punto de vista social. Así se conserva la sociedad en sus células, y *lo que es reproducción para el individuo viene á ser nutrición para la sociedad*. Tal es la reproducción *interna* que se cumple en el mismo sentido para el cuerpo humano. Se sabe que cada célula es prolífica, que se destruye y es reemplazada por otra formada con los elementos somáticos; se cumple así una generación interior, no de un hombre produciendo otro hombre, sino de una célula humana produciendo otra célula. Para la célula es una generación; para el hombre una nutrición. Sin embargo, sin esta generación, el hombre perecería y no podría, al parecer, engendrar á su vez por una generación total y externa. De igual modo la sociedad vive por la reproducción incesante de los elementos sociales, reproducción que tiene por fin perpetuar la especie, y, por consiguiente, la sociedad, que á su vez va á engendrar, pero en otro sentido. Una nación es numerosa para su territorio limitado, se desembaraza del exceso de población colonizando; la colonia prospera, queda algún tiempo unida á la metrópoli, después se separa pacífica ó violentamente y forma una sociedad nueva. Una sociedad en conjunto ha engendrado otra en conjunto, lo que es muy distinto. Así acontece en el hombre; después de la generación de una célula por otra se reproduce en conjunto. Tales son los dos fenómenos de reproducción: el uno interno y el otro externo.

Otro tanto acontece con los fenómenos de relación. Las relaciones entre los hombres de una misma sociedad, relaciones sociales, son fenómenos de relación social externa. La acción de la sociedad central sobre cada uno de sus miembros es un fenómeno de relación, pero de inervación y de centralización social, lo mismo que el sistema nervioso y cerebral sirve de centro al cuerpo humano.

Hay, pues, que notar que una función de reproducción para el hombre aislado se convierte realmente en función de nutrición para la sociedad, según hemos observado, y de igual modo una función de relación en el hombre se convierte en resultado de nutrición ó de existencia para el individuo.

Por encima de la sociología externa, que comprende principalmente las relaciones entre las diversas sociedades, se encuentra la sociedad superior ó cosmopolita, que abraza todo el género humano. Frente á ella la sociedad humana representa el mismo papel que los hombres considerados socialmente respecto á ella; de forma que la sociedad cosmopolita será también interna y externa y su parte interna será suministrada por las sociedades nacionales.

CAPÍTULO PRIMERO

Fenómenos sociales internos.

A más de la distinción de los hechos cualitativos, y cuantitativos, común á toda la clasificación, los fenómenos sociales internos se dividen en *normales* y *anormales*, los unos como signo de la salud social y de la manera regular de funcionar, y los otros de una perturbación en su organismo; los primeros análogos á los fenómenos fisiológicos de la biología, y los segundos á sus fenómenos nosológicos. No se ha de olvidar que todos estos fenómenos deben ser examinados, no en la sociedad en su conjunto, sino en los individuos en cuanto se constituyen respectivamente en relaciones sociales.

Es preciso también considerarlos, prescindiendo de toda coacción social, porque al introducir este factor, se entraría en otro orden de hechos, los que precisamente

consideran la sociedad en su conjunto y en su concentración, influyendo por medio del cerebro social en los miembros de la sociedad.

Por último, á más de los fenómenos normales y anormales, los primeros de integración y los segundos de desintegración, se hallan los de supervivencia ó resurrección atávica que se refieren á la embriogenia.

A. Fenómenos normales.

Puede decirse que la sociedad por sus divisiones fija las de los individuos. En este último se distinguen las funciones de *nutrición*, de *reproducción* y de *relación*. Se las volverá á hallar punto por punto, pero se ejercitan de otro modo.

Es usual referir á la nutrición la secreción y á la reproducción la embriogenia.

a) Fenómenos de nutrición social interna.

Si para el hombre individual las operaciones de la nutrición consisten en tomar el alimento, digerirlo, transformarlo en líquido sanguíneo y conservar, mediante este líquido los tejidos para rechazar de diversas maneras los tejidos desasimilados, de donde derivan las operaciones de digestión, de secreción y de circulación, estas mismas operaciones de la nutrición social interna constituyen el asunto del estudio económico. Se dividen en fenómenos de producción, de circulación, de distribución y de consumo, división clásica muy exacta y que abraza todos los fenómenos económicos.

La producción puede ser agrícola, minera, industrial, etc. Si se agrupa desde el punto de vista histórico, comprende sucesivamente: 1.º, la pesca y la caza y la cogida de frutos; 2.º, la cría de animales y el estado pastoral; 3.º, la agricultura. Desde otro punto de vista son sólo algunas ramas de la industria; existen otras muchas, pero aquéllas fueron durante mucho tiempo las principales.

La circulación se efectúa de diversas maneras, principalmente por el transporte en el espacio entre todos los miembros de la sociedad; se lleva á cabo, según los objetos, por los caminos, mensajerías, navíos, caminos de hierro, telégrafos ó teléfonos y también por las letras de cambio, en fin, por el comercio de transporte. Se la ha comparado exactamente á la sangre pasando de uno á otro extremo del organismo y el punto de concentración, la Bolsa, al de la concentración de la sangre en el corazón. La circulación también se realiza en el tiempo mediante los diversos documentos de crédito y las ventas á plazo.

Se efectúa la distribución merced al comercio por mayor y en detalle, á fin de que los objetos producidos y transportados distribuidos se ofrezcan á los consumidores según sus necesidades; corresponde á la distribución de la sangre en los tejidos que han de absorberla. Consiste el consumo en absorber los diversos productos, alimentos y demás objetos que la agricultura y la industria han creado y que ofrece el comercio. Equivale á la absorción de la sangre por los tejidos.

Por último, los objetos así absorbidos no pueden todos ser asimilados, y si lo han sido durante cierto tiempo, se desasimilan.

Es preciso comprender entre los productos de desasimilación ó de no asimilación análogos á las excreciones ó secreciones biológicas de las clases enteras, las de los vagabundos, mendigos, prostitutas, condenados por su falta ó la de la sociedad.

Así se suceden en la sociedad interna, esto es, entre las moléculas humanas que la componen, fenómenos análogos á la digestión, á la circulación y á las excreciones del cuerpo biológico. Constituyen lo económico y la base de todos los demás en ma-

teria social, como los de nutrición en biología. Su desconocimiento ha producido muchas controversias y revoluciones políticas en el vacío; se olvidaba que la reforma económica tenía únicamente una importancia urgente y fundamental; por el contrario, escuelas modernas lo han comprendido y exagerado en sentido inverso, prescindiendo de las necesidades superiores del hombre; pero salvo sus procedimientos muy discutibles, están más en lo verdadero en cuanto á la elección de objeto. Además, para muchas personas que carecen de fortuna y de instrucción, la cuestión económica es la que tiene primacía sobre las demás, es superior, no en elevación, en necesidad al problema político.

Los fenómenos industriales, comerciales, financieros y agrícolas son de rango inferior, pero en él son todos de la misma naturaleza; aparecen en la infraestructura de la sociedad; únicamente sobre ellos pueden elevarse todos los demás. Todas las cuestiones de libre cambio ó protección, de moneda, etc., se refieren á aquéllos. Tal idea es el fundamento de la teoría del materialismo histórico, la cual no niega los intereses superiores á los económicos, sino que los deriva de estos últimos por sucesivas construcciones.

(Continuará.)

(Traducción de U. González Serrano.)

CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES

(Continuación.)

Antes de pasar adelante, permitidme ilustrar la marcha de la industria hacia Oriente, con algunos guarismos: y para empezar, tomaré por ejemplo á Rusia, no porque la conozca mejor, sino porque ella es la última que ha llegado al campo industrial. Hace cuarenta años se la consideraba como el tipo ideal de la nación agrícola, destinada por la naturaleza misma á suministrar el alimento á otras naciones, y á traer sus géneros manufacturados del Oeste. Así era, en verdad, cuarenta años atrás; pero ya no es.

En 1861—el año de la emancipación de los siervos—Rusia y Polonia sólo tenían 14.060 fábricas, que producían cada año por valor de 296.000.000 de rublos (unos 900.000.000 de francos). Veinte años después, el número de aquéllas se elevó á 35.160, y su producción anual llegó á cuatro veces la anterior; esto es, 1.305.000.000 de rublos (sobre 3.275.000.000 de francos); y en 1894, aunque el censo dejó de incluir á las pequeñas fábricas y á todas las industrias que pagan contribución indirecta (azúcar, alcoholes y fósforos), el conjunto de la producción llegó ya en el Imperio á 1.759 millones de rublos, ó sean 4.500.000.000 de francos. El rasgo más notable de la industria rusa es que mientras el número de los trabajadores empleados en las fábricas no ha llegado ni aun á duplicarse, desde 1861 llegó á 1.555.000 en 1894, la producción por persona ha hecho más que duplicarse: se ha triplicado en las principales industrias. Su término medio fué menos de 1.750 francos anuales en 1861, llegando ahora á 4.075. Se ve, pues, que el aumento de la producción es debido principalmente al perfeccionamiento de las máquinas.

Y si nos fijamos en ramas determinadas de la industria, especialmente las textiles y las de maquinaria, el progreso resulta más apreciable todavía. Así, si considera-

mos los diez y ocho años que precedieron á 1879 (cuando los derechos de importación se aumentaron en cerca de un 30 por 100 y una política proteccionista se adoptó definitivamente), encontramos que, aun sin derechos protectores, la masa de la producción algodonera se triplicó, y, sin embargo, el número de obreros empleados en ella sólo se elevó 25 por 100. La producción anual, pues, de cada trabajador, aumentó de 1.125 á 2.525 francos. Durante los nueve años siguientes (1880-89) el rendimiento anual fué más que duplicado, alcanzando á la respetable cantidad de 1.235.000.000 francos en efectivo, y 3.200.000 q. m. en peso; debiendo tenerse presente que, con una población de 130.000.000 de habitantes, el mercado interior para los algodones del país es casi ilimitado, y que parte de este artículo se exporta á Persia y Asia Central (1).

Verdad es que las clases más finas de torzales, así como el hilo de coser, tienen que ser importados todavía; pero pronto los fabricantes del condado de Lancaster pondrán á eso remedio: ya empiezan á establecerse en Rusia. Dos grandes filaturas para torzales de algodón, de las clases más superiores, se abrieron el año pasado en dicho país, con ayuda de capitalistas é ingenieros ingleses, y últimamente se ha abierto en Moscow una fábrica para hacer alambre delgado para cardar el algodón, propiedad de una casa en Manchester; el capital es internacional, y con protección ó sin ella, cruzará las fronteras.

Y otro tanto puede decirse de las lanas: en este punto, Rusia está relativamente atrasada; sin embargo, fábricas de cardar, hilar y tejer, provistas de los adelantos más modernos, se edifican todos los años en Rusia y Polonia por industriales ingleses, alemanes ó belgas, de tal modo, que el año pasado cuatro quintas partes de la lana común y otro tanto de la de las clases más finas que se encuentran allí, fueron cardadas é hiladas en la nación, exceptuándose sólo una quinta parte, que se mandó al exterior. Los tiempos, pues, en que Rusia figuraba como exportadora de lana en bruto, se fueron para siempre (2).

En obras de maquinaria, ni aun la comparación es posible entre el momento actual y 1861, y aun 1870, habiendo, puede decirse, nacido y desarrolládose esa industria en los últimos quince años. En un informe muy extenso dice el profesor Kirpicheff, que el mejor modo de apreciar el progreso realizado es considerar el grado de perfección á que han llegado las construcciones de las máquinas de vapor y tubería para agua, capaces de poder, en un todo, competir con las procedencias de Glasgow. Gracias, en primer lugar, á los ingenieros ingleses y franceses, y después al progreso técnico realizado en el país mismo, Rusia no tiene ya necesidad de importar ninguna parte de su material de ferrocarril. Y respecto á las máquinas agrícolas, sabemos, por las Memorias de varios cónsules británicos, que las segadoras y arados rusos pueden, sin temor, competir con los de procedencia inglesa ó americana.

Durante los últimos ocho ó diez años, esta rama de la industria se ha desarrollado

(1) Las importaciones anuales de algodón en rama, alcanzan á 4.000.000 q. m., de los cuales 300.000 q. m. son del Asia Central y la Transcaucasia; estas últimas son de origen reciente, siendo los rusos los que primero introdujeron la planta de algodón americano en el Turkestán, así como los primeros establecimientos de escogido y prensado.

La relativa baratura del algodón corriente, en Rusia, y las buenas cualidades del estampado, llamaron la atención del comisionado inglés en la Exposición de Nijni Novgorod, en 1897, quien se ocupó extensamente de ello en su Memoria.

(2) La producción anual de las 1.085 fábricas de lana de Rusia y Polonia fué evaluada en 1894 en unos 300.000.000 de francos.

mucho en los Urales del Sur, como sucede en una aldea industrial creada por la Escuela Técnica de Krasnoufimsk del Concejo de distrito local ó *remstuo*, y especialmente en las llanuras inclinadas hacia el mar de Azof. Respecto á esta última región, comunica el vicecónsul Green, en 1894, lo que sigue: «Además de ocho ó diez fábricas de importancia—dice—todo el distrito consular está sembrado de pequeños talleres de construcción, ocupados principalmente en hacer máquinas y herramientas agrícolas, teniendo la mayor parte de ellos sus fundiciones propias... La población de Berdynusk—agrega—puede jactarse de tener la mejor fábrica de segadoras de Europa, capaz de suministrar 3.000 máquinas al año» (1).

Sin embargo, las anteriores cifras sólo incluyen fábricas cuyo rendimiento anual sea de más de 500 francos, no incluyendo la inmensa variedad de trabajos domésticos que también han crecido mucho últimamente al mismo paso que las fábricas. Las industrias domésticas—tan características de Rusia y tan necesarias bajo su clima—ocupan ahora más de 7.500.000 campesinos, y el total de su producción fué apreciado hace pocos años en más que el total de producción de todas las fábricas, excediendo de 4.500.000.000 de francos al año.

Como tendré motivo para volver más adelante sobre este asunto, no seré pródigo en presentar cantidades, limitándome á decir solamente que, hasta las principales provincias manufactureras de Rusia que rodean á Moscow, el tejido doméstico para el comercio da un tipo anual de 112.500.000 francos, y, que, aun en el Cáucaso del Norte, donde la pequeña industria es de origen reciente, hay en las casas de los campesinos 45.000 telares, arrojando una producción anual de 5.000.000 de francos.

En cuanto á la industria minera, no obstante el exceso de protección y la competencia del combustible de madera y nafta (2), el rendimiento de las minas de carbón del Don se ha duplicado en los últimos diez años, y en Polonia ha llegado á cuatriplicarse. Casi todo el acero, tres cuartas partes del hierro y dos terceras partes del hierro en lingotes que se usa en Rusia son productos del país, y las ocho fábricas de rails de acero con que cuenta pueden lanzar al mercado 6.000.000 de q. m. de rails todos los años.

No es, pues, de extrañar que la importación de géneros manufacturados sea tan insignificante en Rusia, y que desde 1870—esto es, nueve años antes de que se efectuara el aumento general de derechos—la proporción de los géneros manufacturados, comparada con el conjunto de las importaciones, haya estado disminuyendo constantemente. Los géneros manufacturados sólo constituyen una quinta parte de los impuestos; y mientras las importaciones que procedían de Inglaterra fueron evaluadas en 407.500.000

(1) Informe del vicecónsul Green, *The Economist*, 9 de Junio de 1894: «Segadoras de un tipo especial, vendidas á 375 y 425 francos, son de duración y más fuertes que las inglesas ó americanas.» En el año 1893 se vendieron sólo en ese distrito 20.000 máquinas segadoras, 50.000 arados, y así sucesivamente, representando un valor de 20.550.000 francos. Y á no ser por los derechos que pesan sobre el hierro en lingotes (dos veces y media su precio en el mercado de Londres), esta industria hubiera tomado mayor desarrollo aún. Pero, á fin de proteger la industria del hierro en el país, que, debido á eso mismo, permanece allí estacionaria, se ha impuesto un derecho al lingote de hierro de 76,25 francos por tonelada. Las consecuencias de esta política para la agricultura, los ferrocarriles y el presupuesto del Estado se han discutido extensamente en una obra de A. A. Radzig, *La industria del hierro en el mundo*, San Petersburgo, 1896.

(2) De los 1.246 vapores que surcan los ríos rusos, la cuarta parte consume nafta, y la mitad leña; esta última es también el principal combustible de los ferrocarriles y talleres de fundición en los Urales.

francos en 1872, sólo llegaron á 172.112.500 de francos en 1894 (1). De ellas, en los géneros manufacturados fueron evaluados en poco más de 50.000.000 de francos; siendo lo restante, bien artículos de alimentación, ó material en bruto ó á medio fabricar (metales, hilo torcido y otros). En una palabra, las importaciones de géneros y productos ingleses descendieron en el curso de diez años, de 220.000.000 á 125.000.000 de francos, quedando así reducida la referida importación á lo siguiente, que es verdaderamente insignificante: maquinaria, 50.165.000 francos; algodón y torzal de algodón, 9.889.250 francos; lana y torzal de lana, 7.197.500 francos, y así sucesivamente. Y aun todavía la depreciación de esos mismos artículos resulta más notable: así, en 1876 Rusia importó 800.000 q. m. de metales de dicho país, pagando por ello 150.000.000 de francos, en tanto que en 1884, aunque se importó igual cantidad lo pagado sólo fué 85.000.000 de francos. Y la misma depreciación se observó en todos los artículos de importación, aunque no siempre en la misma proporción.

Sería un gran error el suponer que el descenso de la importación sea debido principalmente á la elevación de los derechos protectores: su explicación se encuentra más claramente en el desarrollo de la industria nacional. Es indudable que los derechos referidos han contribuido (en unión de otras causas) á atraer fabricantes alemanes é ingleses á Polonia y Rusia. Lodz—el Manchester de Polonia—es completamente una ciudad alemana, y la lista de los principales comerciantes está plagada de nombres ingleses y alemanes; capitalistas de ambos países, ingenieros y jefes de talleres ingleses han introducido en Rusia todos los adelantos de la industria algodonera de sus respectivos países, y se hallan ocupados haciendo lo mismo con las industrias de la lana y de la maquinaria, mientras que los belgas están mejorando rápidamente el comercio del hierro en el Sur de Rusia. No hay ahora la menor duda—y de esta opinión participan, no sólo los economistas, sino también muchos fabricantes rusos—que una política de librecambio no afectaría al futuro desenvolvimiento de la industria en el país, no haciendo más que reducir las grandes utilidades de aquellos fabricantes que no mejoran sus fábricas, fiándolo todo á lo bajo de los salarios y á las muchas horas de trabajo.

Además tan pronto como Rusia consiga obtener más libertad, el crecimiento inmediato de su industria será su consecuencia. La educación técnica—que, aunque parezca extraño, ha encontrado hasta hace poco una gran resistencia en el Gobierno—se desarrollaría y extendería rápidamente y en pocos años, con sus recursos naturales y su juventud estudiosa, que, aun hoy día, trata de combinar la destreza y la ciencia, vería pronto diez veces aumentada su potencia industrial.

Ella *fará da sé* en el terreno industrial: fabricará cuanto necesita, y, sin embargo, seguirá siendo una nación agrícola. En la actualidad, sólo 1.000.000 de hombres y mujeres, de los 80 000.000 de población que tiene la Rusia europea, trabajan en las fábricas, y 7.500.000 combinan la agricultura con la industria. Estas cifras pueden triplicarse, sin que por eso deje ella de ser una nación agrícola; mas si tal sucede, no habrá lugar para la importación de géneros manufacturados, pues un país agrícola puede producirlos más baratos que los que viven de la importación.

Lo mismo puede decirse, con más razón aún, con referencia á otras naciones europeas, mucho más adelantadas en su desarrollo industrial, y en particular con relación á Alemania. Tanto se ha hablado en estos últimos tiempos de la competencia que

(1) En 1896, 179.629.525 francos.

Alemania hace al comercio inglés, aun en su propio mercado, y tantos conocimientos pueden adquirirse sobre el particular con sólo una mera inspección de las tiendas de Londres, que omito el entrar en largos pormenores: varios artículos de Revistas, la correspondencia cambiada sobre el particular en *The Daily Telegraph* en Agosto de 1886; numerosas Memorias consulares, catalogadas regularmente en los principales diarios, y más instructivas aún al ser consultadas directamente, y, por último, los discursos políticos, han familiarizado la opinión pública de este país con la importancia y las proporciones de la competencia alemana (1).

PEDRO KROPOTKIN.

(Traducción de Fermín Salvochea.)

CIENCIA Y ARTE

CRÓNICA CIENTÍFICA

«*Nova Persei*», nueva estrella de primera magnitud.—*Estrellas temporales y estrellas variables*.—*Diversas teorías para explicar el fenómeno*.—*Confirmación de la teoría térmica de Clemencia Royer*.

La aparición de la nueva estrella de primera magnitud descubierta en Edimburgo por el profesor Anderson, interesa vivamente á los astrónomos y al público en general. Se le ha denominado *Nova Persei*, y ha sido fácil distinguirla á simple vista, á las siete de la noche, á las diez y nueve según el novísimo horario español, en las inmediaciones del cenit, cerca de la hermosa estrella Capella.

Estos astros misteriosos han tenido gran importancia en la historia de la Astronomía. Por Plinio sabemos que la aparición de una estrella de este género decidió á Hiparco á catalogarlas. La brillante estrella que se manifestó de repente en 1572, cuya aparición aterrizó á las gentes, permitió á Tycho-Brahe dar la primera explicación científica del fenómeno. Durante algunos meses la nueva estrella flameó en el cielo, llegando en un momento dado á superar el brillo de Venus, lo que dió lugar á que los supersticiosos inventaran mil disparates, descollando entre todos la creencia de que se trataba de la estrella que guió á los magos al portal de Belén. Poco á poco fué palideciendo hasta que desapareció por completo. Aquella y la *Nova Persei* son las únicas entre las estrellas temporales que han alcanzado la primera magnitud.

Otras dos estrellas temporales aparecieron en el siglo XVII, no apareciendo ninguna otra hasta 1848, y ésta fué de quinta magnitud. En 1860 se vieron dos de séptima y novena magnitud, como la que se descubrió en 1863. En 1866 apareció una de segunda, y en 1876, otra que excedió la tercera magnitud. Otra que se descubrió en 1892 cayó pronto de la quinta en la sexta magnitud y desapareció.

(1) Muchos hechos referentes á este punto se han coleccionado últimamente en un pequeño libro titulado *Hechos en Alemania*, por E. E. Williams. Desgraciadamente, los hechos referentes al reciente desenvolvimiento industrial de Alemania están tan á menudo tratados de modo tan parcial, á fin de promover un movimiento proteccionista, que su verdadera importancia se desfigura con frecuencia.

No deben confundirse las estrellas temporales con las variables, las cuales pasan sucesivamente por fases de luz y opacidad y varían desde las primeras á las últimas magnitudes. Conócense de éstas algunos centenares y de ellas hay lo menos doscientas cuyo período es conocido. La longitud de este período varía de algunas horas á muchos años. La hermosa estrella Algol, la Estrella-Demonio de los árabes, próxima á *Nova Persei*, varía diez veces al mes de la segunda á la tercera magnitud.

Hace ya mucho tiempo que se abandonó la creencia de que una nueva estrella era una unidad añadida á la familia estelar. Tengan entendido que cuando hablamos de una estrella nueva queremos decir un astro cuya luz era nula ó insuficiente para llegar hasta nosotros y que por un fenómeno cualquiera obtiene en un momento dado un aumento considerable de energía luminosa. Digamos de paso que si la trasnochada y ridícula teoría de la creación del mundo tuviese necesidad de ser seriamente refutada en la actualidad, encontraríase una refutación de las más precisas en el hecho de que ninguna de esas nuevas estrellas ha conservado jamás su brillo primitivo.

*
* *

Según una teoría generalmente admitida, las estrellas temporales son como sombras de estrellas muertas que vuelven repentinamente á ofrecerse á nuestras miradas y á seducir nuestra imaginación, vueltas á la vida en virtud de una causa accidental y pasajera, pero que desaparecen al mismo tiempo que la causa que las había renovado la vida. Esta explicación podrá ser poética, pero es vaga y anticientífica.

Otra teoría quiere que el fenómeno sea el resultado de un choque entre dos astros.

La teoría que puede llamarse térmica ó antimecanista, de la señora Royer, da, á mi juicio, una explicación mucho más clara del fenómeno, con la ventaja, además, de que suministra al mismo tiempo una explicación satisfactoria de la variabilidad de ciertas estrellas.

Se ha querido atribuir las variaciones de brillo de las estrellas variables á simples ocultaciones; mas para esto sería preciso suponer que entre cada uno de estos astros y la tierra, sobre todo las derechas que juntan sus centros al de nuestro globo, existen enormes cuerpos opacos que se alejan periódica y pausadamente. Creemos con la señora Royer que es ésta una hipótesis de una improbabilidad equivalente á una imposibilidad, si se tiene en cuenta la velocidad de marcha de los astros, de sus grandes distancias y del ángulo abierto por la menor rapidez de uno de estos cuerpos con relación á los otros dos. Prodúcense ocultaciones, sin duda, pero momentáneas y no periódicas; para que lo fueran se necesitaría un cuerpo excesivamente grande ó colocarlo muy cerca de la tierra. En esta última hipótesis, la luz del sol que aquel cuerpo reflejaría nos revelaría su presencia; en cuanto á la primera es imposible, según la teoría térmica, admitir la existencia de cuerpos opacos de dimensiones gigantescas, porque el mismo exceso de calor desarrollado por esas enormes masas sería bastante intensa para volatilizar el astro y hacerle incandescente.

La señora Royer admite más bien la teoría que sostiene que alrededor de ciertas estrellas sus planetas arden á cada uno de sus pasos por el perihelio.

Esta suposición da cuenta á la vez de la variación de brillo de estos cuerpos y de su periodicidad tan variable, y para explicar los largos períodos basta suponer variaciones de distancia de los perihelios oponiéndose á que el contacto se produzca á cada revolución.

Además, la misma suposición puede explicarnos el fenómeno de las estrellas tem-

porales. La diferencia entre estas últimas y las estrellas variables es únicamente ésta: las estrellas temporales son astros que absorben definitivamente, sea al más próximo de sus satélites, sea algún otro cuerpo encontrado en el espacio; mientras que las estrellas variables por el contacto momentáneo y por el incendio de sus satélites reciben periódicamente un aumento de brillo.

Las estrellas temporales como *Nova Persei* podrían bien ser, no cuerpos que mueren, sino cuerpos muertos que resucitan á la luz. Por supuesto que hablamos aquí de la muerte de un astro como de un cambio de modo de ser, toda vez que la materia que le compone es por sí misma eterna. Hay sencillamente una circulación de vida en el espacio.

«Los choques de los astros, dice Clemencia Royer, aunque raros, son posibles; puesto que es cierto que en los cielos eternos los mundos principian y acaban, y que todo fin y todo principio de un mundo tiende á modificar el equilibrio de todos los demás; que en las soledades del espacio vagan restos de viejos soles destruidos, fragmentos de cortezas sólidas procedentes de la decorticación de planetas destrozados de que dan fe los aerolitos que nos caen. Y si la proporción entre el vacío material y el lleno es tal que la probabilidad de esos choques es infinitesimal, existe, no obstante esa probabilidad remotísima en la serie infinita de los tiempos y el número indefinido de los mundos: así seguramente se habrá producido en lo pasado y del mismo modo se reproducirá en lo futuro. No pueden, por otra parte, existir sino los sistemas estelares cuyo equilibrio es tal que su camino no cruza en ningún punto el camino de los otros sistemas; porque todos aquellos cuyas órbitas se entrecruzaban, en una época cualquiera han sido destruidos ó han sido modificadas sus rutas hasta hacerse posibles por un tiempo larguísimo, si no á perpetuidad. Porque nada hay perpetuo en el universo más que el universo mismo en su perpetuo cambio.»

Añadamos á estas bellas frases una observación acerca de dos astros cuyas rutas son vecinas y que se aproximan á sus puntos nodales: siguen por algún tiempo trayectorias casi paralelas, con velocidades del mismo orden, y cada vez que se encuentran en conjunción hacia esos puntos nodales, su distancia se acorta todo lo posible. Si estos dos soles son muy desiguales en tamaño, á cada una de sus conjunciones los planetas más lejanos del sol más pequeño serán solicitados para seguir al otro, y en este caso puede producirse un escamoteo si el sol mayor posee una masa suficiente para ello, pero no bastante grande para desarrollar el calor suficiente para transformar el astro líquido en masa gaseosa incandescente, pudiendo entonces el planeta capturado desempeñar el papel de gota de agua que hace rebosar un vaso lleno de líquido. Si el astro en cuestión estuviese bastante alejado de nosotros para ser invisible, hubiera podido convertirse en «estrella nueva» hasta que las pérdidas causadas por la radiación le hicieran desaparecer de nuevo á nuestras miradas.

*
* *

Las observaciones hechas en Greenwich por medio del espectroscopio con *Nova Persei* han demostrado que una parte del astro, líquida el primer día, se había convertido en gaseosa al tercero. Esto confirma aún un punto de la admirable teoría térmica de la señora Royer, según la cual, en estos casos, las substancias menos densas que constituyen las capas superiores de una esfera sideral se volatilizan las primeras, seguidas de cerca por otras substancias más densas que se volatilizan también á medida que se eleva la temperatura del núcleo en fusión.

Que nuestros sabios oficiales persistan ó no en querer ignorar las excelencias de la teoría térmica, ésta acabará, así lo creemos, por reemplazar la hipótesis mecanista del mundo.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

MANIFESTACIONES LITERARIAS Y ARTÍSTICAS

(DE TODO EL MUNDO)

«DONDE NO ALCANZA EL ESFUERZO HUMANO»

Como Ibsen, como Tolstoi, Björnstjerne Björson supo conmover á todos los que se interesan por la cultura universal.

Björson, era un orgulloso intransigente y apasionado noruego; la savia poderosa de su genio formábase con elementos propios de su raza y tardó en derramarse por los nuevos horizontes del espíritu europeo.

Cuando se festeja en París la visita de Björson, representando su más interesante obra (ya puesta en la escena de L'Œuvre otras dos veces en 1894 y 1897) nos parece grato referir á nuestros lectores el asunto de la vigorosa creación que rotula su autor: *Donde no alcanza el esfuerzo humano*.

El pastor protestante Sang, exaltando su fe y sus oraciones, imponiendo su convicción, en una palabra, sugestionando: hace milagros. Gracias á él, va todos los domingos al templo una paralítica y ha recobrado la salud un agonizante; á distancia ejerce su poder; anunciando á los enfermos el día y la hora en que les dedicará sus oraciones, les induce á orar con él, y á la hora indicada la dolencia toma otro aspecto. Refiere á su hermana estos milagros, Clara, la esposa del pastor Sang, la enferma incurable, que no se mueve de la cama, la nerviosa, víctima de crisis catalepticas durante muchos años que hace semanas que no duerme. Y su marido no puede hacer con ella uno de sus milagros, porque á pesar de su mucho y recíproco amor, su carácter es opuesto; ella pertenece á una raza nerviosa, envejecida en la duda. No siente la fe; al contrario; lamenta que los místicos ardores de su marido arruinan su casa y dejan crecer á sus hijos en el abandono de un padre obsesionado y de una madre inútil; teme un porvenir incierto y una miseria posible.

La fe de Sang le ha elevado hasta el esfuerzo supremo: se decide á orar por el restablecimiento de su adorada mujer, y confía en el milagro. Una mañana risueña—el cielo bañado en luz de sol, la tierra cubierta de flores—sus hijos orarán con él... pero no llegan; duermen aún; el exceso de fatiga intelectual y física los ha rendido. Cuando aparecen confiesan su incertidumbre y sus temores. ¿Qué importa? La fe de Sang bastará. El iluminado reza solo, con tal ardor, que á la primera campanada que anuncia sus oraciones, la enferma se duerme de tal modo que no la despierta ni el estruendo que produce una pared que se desploma, desviándose para no dar en la capilla donde Sang reza. Corre la noticia y de todas partes llegan devotos. El cuadro es de un realismo singular; las timideces, las mezquindades, las manías profesionales de los pastores protestantes, las inquietudes y las dudas, la esperanza, la fe debilitada y el deseo ardiente de fortalecerla, gritos y lágrimas, la prueba—la curación de Clara—, todo se desarrolla en progresión creciente, llegando á la emoción trágica. La enferma, despertando, se levanta y sale al encuentro de su marido; éste abandona la capilla y corre

hacia su casa; la mujer le tiende los brazos, masculla unas frases de amor y muere; sobre su cuerpo inanimado se desploma Sang; el éxtasis, el esfuerzo, ha consumido también su vida.

Dios no se ha revelado; todo su poder no ha intervenido para salvar á sus criaturas; la fe, la inmensa fe que parecía rebasar los límites de las fuerzas humanas, ha sido impotente para determinar el milagro, para conmover á Dios. Y no emociona tanto la muerte de Clara y de Sang, pobres enfermos, como la decepción de los creyentes, que aguardaron con delirante ansiedad y caen otra vez sin esperanza en las miserias de la vida...

Como en esta primera parte se presenta el problema religioso, en la segunda se aborda el problema social.

Bratt (uno de los pastores protestantes) y Elio (hijo de Sang) se olvidan de Dios para ocuparse de los hombres, ejerciendo su piedad entre los obreros que, bajo el duro yugo del autoritario Holguer, viven en el fondo de una hondonada oscura que nombran *el infierno*. El exceso de amarguras, de brutalidades y de fatigas, de miseria material y moral ha determinado una huelga. Bratt los anima con sus consejos y les proporciona socorros metálicos. En aquellos días calamitosos, una mujer se suicida después de matar á sus dos hijos, creyendo que sólo con sangre se ablanda el corazón de los dominadores. Pero es inútil su martirio, y el mismo día del entierro los tiranos celebrarán un festín. Acuden á Holguer los obreros, pero él se muestra inflexible; los patronos han de reunirse (y á eso conduce la fiesta proyectada) para constituir un sindicato que les permita resistir las reclamaciones de los obreros, limitar la producción y asegurar las ventas. La reunión tiene lugar; se manifiestan varias opiniones; el partido conciliador cuenta con escasa minoría y las ideas ambiciosas y autoritarias de Holguer se imponen. Ya de acuerdo todos, puede comenzar el festín; pero no comparecen los criados. ¿A dónde habrán ido? Las puertas están cerradas. ¿Por qué? Una terrible angustia se apodera de aquellos hombres, poco antes altivos y seguros de la vida, de una cómoda, espléndida y larga vida. Al fin se presenta un criado (Elio, con disfraz de criado). Hay una mina de pólvora en el edificio, y sólo aguardan la señal para encender la mecha y volarlo todo. Holguer saca el revólver y lo asesina; esto aumenta el horror angustioso de los invitados, hasta que llega la catástrofe. Uno se vuelve loco de repente y se tira por la ventana. Otro quiere hacer lo mismo; Anker exclama: «¡Roguemos por nuestros hijos! ¡Cuánto sufrirán! ¡Les aguardan tiempos horribles! ¡Roguemos para que alcancen una época mejor! ¡Ah! ¡Roguemos, roguemos!» Holguer, ante la cobardía de sus compañeros, murmura: «Abajo y arriba, cobardes y canallas todos!» Ketil, añade: «Sí; hacen falta hombres enérgicos.» Holguer, replica: «Basta uno, y aparecerá.» Anker insiste: «Rogad conmigo; rogad conmigo, que Dios ofrece á los buenos ayuda y á los malos perdón, cuando se arrepienten. Dios puede salvarnos; Dios...» Y el edificio se desploma con estruendo. ¡Qué desastre! ¡Todos víctimas! Bratt se vuelve loco y Holguer no muere, pero queda desfigurado y paralítico. Sin embargo, su energía no desmaya, y el crimen de Elio, como el sacrificio de la mujer con sus hijos, resulta inútil. Holguer no cede. Acaso Raquel (la hija de Sang) derramará un poco de ternura en aquel duro corazón. Algunas vibraciones de amor endulzan el drama, que termina con una vislumbre de redención por el trabajo y la piedad.

ARMAND SILVESTRE

Ha muerto; sus obras pueden acaso entretener á los que disfrutaban los placeres de

la vida, pero no consolarán á nadie. Vivió feliz sin ocuparse de las desdichas ajenas; tenía talento que sacrificó á la trivialidad; su muerte no puede ser llorada, porque los dichosos no quieren llorar, olvidan fácilmente, y los humildes no se contaron entre los amigos del poeta.

Ernest Gaubet le juzga muy bien y en pocas palabras:

«Naturista, no como Rousseau, porque la Naturaleza le hiciese meditar, sino porque le parecía un fondo alegre que realizaba los goces de la vida... Armand Silvestre conoció sólo esa ternura que nos ofrece una digestión dichosa; no escuchaba las voces que, traídas por los vientos del Norte, hablan hace veinte años á la juventud y la inclinan hacia los humildes y hacia los que padecen.»

El poeta escribió:

«Quiero dormir en una aurora eterna.
Que abraze mi corazón el amor, el sol mis ojos.»

Ya duerme por toda una eternidad, y sin duda no será el porvenir quien se preocupe de llamarle.

EL JOVEN «CUCO» EN LA NOVELA DEL SIGLO XIX

El *burlador* antiguo acaba yendo á caza de una moza con buen dote y el aventurero trasatlántico descende hasta pretender por malas artes una poltrona ministerial; la ciencia y la filosofía, malamente vulgarizadas, nos perdieron; antes el hombre luchaba por su honor y por su dama, y ahora lucha por... la existencia; todo recurso es bueno, si hace triunfar; la calumnia ó el acero, ¿qué importa? Desde que aprendimos cómo se verifica la *selección*, olvidamos aquello de *nobleza obliga*.

Los principios de la nueva ciencia en boca de ignorantes maliciosos y astutos, vienen á ser como una pistola en manos de un chiquillo. El mal es inevitable; acaso por la misma senda llegue pronto el remedio.

Entre tanto, espíritus cultos y sagaces analizan y estudian las deformaciones de ciertos caracteres, y entre todos preocupa uno, llamado á última hora en Francia *l'arriviste*, ó sea el hombre *que hace su camino* sin reparar en los medios, á veces escudado por la falsa ciencia ó la inverosímil filosofía de que blasona.

Camilo Mauclair ha hecho un precioso estudio acerca del origen y variaciones del *arriviste* á través de las obras literarias. Falseando la pasión honrada de los Werther, los Obermann, los René, apareció el primero *Adolfo* (de Benjamin Constant), tipo del joven egoísta, calculador, de alma estéril, encubriendo su frialdad y su depravación moral con un estudiado sentimentalismo; cobarde, vanidoso, insensible, apegado á los goces y al orgullo, ajeno á todo encanto espiritual, es el prototipo del *arriviste* elegante.

Aquí me interrumpo y hago una pequeña digresión. Yo bien quisiera encontrar una palabra precisa para nombrar al personaje que nos ocupa; *cuco*, es vulgar y acaso exprese poco; á los que penetran los abundantes recursos de nuestro idioma les ruego busquen la equivalencia de *arriviste*, para impedir que antes de un mes algún insigne... ignorante castellanice la expresión figurada que han aplicado los franceses. Y continúo:

Algunos años más tarde apareció Julio Sorel (Stendhal—*Le rouge et le noir*), con más grandeza y mayor energía; inteligente y apasionado, aun careciendo también de moral, atrae y domina. Junto á esta figura interesante sólo se defiende con gallardía Rastignac (Balzac), creyendo en la gloria y en el triunfo, confiado en su fuerza, sin las hipócritas astucias de Adolfo, que destrozan el alma de una mujer indefensa. Ras-

tignac es el joven osado que se vale de la mujer como de todo, pero que paga favor con favor.

El espíritu moderno entenebrece las ambiciones y llega Roberto Greslou (Bourget = *Le Disciple*), cubriendo su infamia con el fárrago de teorías deterministas, como Adolfo cubrió la suya con el fárrago de ideas sentimentales. Rastignac era un expansivo, Sorel un concentrado, Greslou es la impotencia y la negación, revestida con retazos de psicología experimental, amoral, escéptica y atea. El héroe de Mauricio Barrés en su primera trilogía, *El culto del yo*, se agota insensibilizando progresivamente su egoísmo. Es el curioso extenuándose, incapaz de sentir placeres ni dolores, movido sólo por la ironía y la vanidad, el hastío y la ambición que le anulan. El autómatas de Barrés cierra el ciclo de los Adolfs.

Gustavo Flaubert, con adivinación extraña, ya en 1869 había creado en *La educación sentimental* un personaje que marca la dirección del joven de última hora, libre ya de su culto egotista, pero mal preparado aún para encauzar sus energías; queriendo sustraerse á los métodos contradictorios de que le ha recargado la educación moderna, muéstrase indeciso; ni escéptico ni entusiasta, es capaz de una visión poética, de un concepto delicado y melancólico de la vida. Tal es el joven de la generación simbolista. Nervioso, anémico por el trabajo prematuro, muestra una terrible desproporción entre lo mucho que puede comprender y lo escaso que puede sentir. No lo ignora y se cuida; fortalece su sangre y trata de hallar un equilibrio. Espíritu analista, comprende que las ansias de medrar son estúpidas cuando todo muere, y donde pronto nadie llegará á ninguna parte. Sin embargo, esta percepción clara de la inutilidad egoísta no le impulsa bastante hacia la concepción altruista ni al sentimentalismo generoso. Tiene, además, el gusto de analizarse y el arte une á este gusto el deseo de sensibilidades refinadas.

El análisis íntimo, el estudio minucioso del yo se revela en la obra *Libre du petit gendelettre*, cuyo autor, Mauricio Leon, se suicidó á los veinte años. Este adolescente, dotado, de excepcionales condiciones, para el análisis psicológico, es un ejemplo de la nefasta influencia de la escuela egotista, de la cual se libró en la muerte. «No sentía nada y lo comprendía todo», es el epitafio que para sí escribió con terrible ironía. «Expreso más de lo que siento», confesaba. Y con una lucidez prodigiosa explica de qué modo la perversa palabrería literaria, el deseo de frasear, evoca en él sensaciones naturales en vez de crear éstas su expresión verbal.

La mala interpretación de las teorías deterministas, destruyendo la idea de sanción, ha creado un cálculo mezquino, una ambición estrecha, un egoísmo torpe, sumergiendo al hombre moderno en la ruindad, que cuida sólo de satisfacer los apetitos.

Pero veremos, como fin lógico de tantas melancolías, de tantas dolorosas perversiones, de tanto agotamiento consecuencia del análisis egoísta: revelarse una juventud impregnada en las ideas de Nietzsche y de Ibsen, altruista, llena de piedad social. del instinto de una justicia y de una responsabilidad distributivas. Sobre las ruinas de los dogmas alzarase la conciencia nueva, iluminada por la confianza en sí mismo; y á la expresión desesperada, tétrica, ó fríamente reflexiva de sus precursores, opondrá el hombre nuevo una sonrisa dulce y serena, expresando, no ansias ni resignación, sino confianza en la vida.

ESTILO MODERNO

Cuanto malo se dice del arte nuevo, procede á no dudarlo de que no es bien com-

prendido y es además, con frecuencia, mal interpretado. Un ricachón más ó menos advenedizo á quien se le habla de estilo moderno, imagina inmediatamente líneas tortuosas, banquetas achaparradas, figuras de colores rabiosos, cuadros y bronce de un simbolismo confuso, mujeres angulosas peinadas con la raya en medio y el pelo aplastado en forma de cortinas, que les hace una frente triangular, trasluciendo múltiples ensueños. Desgraciadamente, semejante sensación es fundada, pues abundan las obras que, haciendo alarde vano de *modernas*, perjudican el intento de renovación, ya desde un principio mirado con desconfianza.

Y, á pesar de todo, el *estilo moderno* esperado y solicitado por mucho tiempo, se forma y aparece. Natural es que se discutan sus primeras manifestaciones; pero es indudable que alcanzará una entusiasta acogida, cuando evite sus extravíos. Para esto, en todas sus adaptaciones, el nuevo estilo debe huir de las complicaciones decorativas, del simbolismo y de toda obscuridad y confusión. La naturaleza le ofrece los elementos necesarios, cuyo aspecto debe respetar; la madera, la piedra, los metales, resultan mejor sin barnizar, sin chapeado, sin revocos; en la naturaleza debemos buscar también los perfiles aiosos, las formas agradables y robustas. Perfiles y formas adaptadas á las necesidades y conveniencias determinadas por el objeto á que se apliquen, darán á las construcciones y muebles una belleza racional de uso cómodo y confortable. El conjunto de cualquier habitación, libre de todo artificio decorativo en desacuerdo con su carácter, ofrecerá un aspecto de orden y de bienestar que inútilmente buscaríamos en las recargadas habitaciones actuales.

La educación artística de la nueva generación puede guiarse, para conseguir excelente resultado, si los eruditos, los teóricos y los moralistas, en vez de aplicarse á una burla que nada tiene de ingeniosa, guían con sus consejos, con sus observaciones, con su estética y su filosofía, este movimiento francamente iniciado.

ARMANDO GUERRA.

LOS MALOS PASTORES

DRAMA EN CINCO ACTOS

(Continuación.)

Hargand. ¡Ha predominado en toda la historia!

Roberto. ¡Tormentos, asesinatos, carnicerías! he ahí la historia... ¡La historia es un sumidero! ¡No remueva usted la basural! ¡No continúe obstinado interrogando ese pasado de obscurantismo y de sangre! ¡Busque usted la luz en el porvenir! ¡Matar, matar siempre! ¿Es que la humanidad no ha de terminar nunca de sufrir esas eternas inmolaciones? ¿Es que la hora de la piedad no ha de sonar jamás para los hombres?

Hargand. ¡La piedad! (*Se pasea con movimientos nerviosos.*) La piedad es deprimente y estúpida. Aniquila el esfuerzo; retarda el progreso... ¡es infecunda! Todos los que crean algo, el sabio que lucha para arrancar á la naturaleza sus secretos; el industrial que domina la materia y conquista sus fuerzas para hacerlas servir á las necesidades del hombre, adaptándola á formas tangibles que produzcan la felicidad, no pueden, no deben detenerse ante la piedad. Su acción va más allá del momento en que viven, depara el ínfimo espacio que abarcan sus miradas... se esparce del indivi-

duo al pueblo... del pueblo al mundo entero. Por unas cuantas existencias indiferentes que aplastan, libertan y embellecen muchos miles. Así debiera haber obrado yo; ese debiera haber sido mi punto de vista. Desconociendo la piedad hubiera llegado tal vez á otro ideal más grande.

Roberto. ¡Usted se calumnia, padre!

Hargand. No; me lamento de haber sido así. *(Pausa.)* Mira hoy si no el resultado de esa piedad imbécil, que no he sabido, que no he podido ahogar en mí... ¡Mis esperanzas desvanecidas! ¡mi ruina! *(Con violencia.)* ¡Pero todo ha concluído! ¿Quieren un amo? ¡Pues lo tendrán!

Roberto. ¡Vaya usted con cuidado! ¿Por qué extraño orgullo juzga indiferentes esas existencias que usted aplasta? ¿En nombre de qué justicia, superior á la vida misma, las condena usted á morir?

Usted es responsable, ante la humanidad, de las vidas que le rodean, cuya protección ha asumido; no de otras. ¿Ha pensado usted, sin estremecerse, que en su propia casa puede anidarse el asesino sublime desconocido?

Hargand. *(Levanta los hombros y se pasea muy agitado.)* ¡Pues bien, que empiecen!

Roberto. ¿Cómo quiere usted que los débiles, los ignorantes, esos pobres espíritus de niño, oscuros y balbucientes, se levanten hasta lo sublime adonde usted mismo no puede ó no quiere llegar, no obstante su grande inteligencia y buen corazón?

Hargand. Tú te exáltas con palabras, te embriagas con aire. ¡Basta de frases! ¡Actos, actos! ¡Vamos á ver! Cuando se habla tan fuerte y con tanta certeza es porque se tiene para solucionar el problema una fórmula clara, un programa preciso. ¿Tienes tú eso? ¡Expónmelo, pues, que yo lo aplicaré inmediatamente!

Roberto. Todo se encierra en una sola palabra que usted niega.

Hargand. *(Iracundo.)* ¡En una palabra!

Roberto. Además, usted está dispuesto á no ver sino aire, palabras, en todo cuanto yo pueda decir....

Hargand. ¡Sí; ya lo sabía yo! ¡Te retiras! ¡Así sois todos! *(Sin contenerse.)* Y cuando no se tienen más que palabras para ofrecer á los pobres, cuando se les corrompe con frases huera y se les embriaga y se les lleva á la muerte, ¿sabes tú lo que se es? ¿Lo sabes? ¡Pues un imbécil ó un asesino! ¡Elige!

Roberto. *(Con esfuerzo.)* ¡Tiene usted razón! ¡Nuestras ideas se distancian más y más!... ¡Esto es muy doloroso... mucho! Me marchó.

Hargand. *(Luego de un corto silencio, con desprecio.)* ¡Sí, en efecto; puedes marcharte! *(En este momento entra un criado.)*

ESCENA III

LOS MISMOS, EL CRIADO

Hargand. ¿Qué es eso?

El criado. Los delegados de los huelguistas se han presentado ante la verja del palacio... Desean hablar con usted.

Hargand. ¡Ah! ¿Y cuántos vienen? *(El criado entrega en una bandeja un papel á Hargand.)* Luis Thieux... Juan Roule... Anselmo Cathiard... Pedro Ausage, etcétera, etc. ¡Seis! *(Rompe el papel.)* Está bien. *(Hargand y Roberto se miran friamente... Al criado.)* ¡Que les abran la verja y que entren! *(Al retirarse el criado.)* ¿Sabe usted si Maigret está en su departamento?

El criado. El señor Maigret ha dicho al camarero que esta tarde estaría en su aposento.

Hargand. Que vaya á buscarlo Bautista y que le diga que me espere en la sala del Billar.

El criado. ¡Muy bien, señor! *(Sale. Roberto se dirige hacia la puerta.)*

ESCENA IV

HARGAND, ROBERTO

Hargand. No te marches, espera un poco. *(Movimiento de Roberto.)* Consiento en recibirles, pero quiero que tú estes presente. *(Por un gesto de Roberto; con dureza.)* Soy yo quien quiere que asistas á esta entrevista. ¿Me oyes?

Roberto. ¿Por qué, padre?

Hargand. ¡Porque lo quiero! *(Roberto hace un gesto de resignación. Hargand se pasea serpenteando la sala con extraordinaria agitación. Luego se sienta en la mesa rompiendo papeles... Largo silencio. Entran los delegados.)*

ESCENA V

HARGAND, ROBERTO, JUAN ROULE, LUIS THIEUX, OTROS TRES DELEGADOS

(Entran lentamente con las gorras en la mano; Juan Roule va delante, sombrío pero sereno. Le sigue Luis Thieux, curvado, canoso; anda con torpeza. Se alínean ante la mesa de Hargand, encogidos por la riqueza severa de la sala. Luis Thieux tiene la vista fija en un tapiz; los demás dan vueltas en la mano á sus gorras, como embarazados, á excepción de Juan Roule, que está quieto y altivo, pero sin provocación. Hargand no se ha meneado... El cuerpo ligeramente inclinado hacia atrás, el codo apoyado en un barrón del sillón, la barba apoyada en la mano. Mirada sin expresión. Fría inmovilidad. Roberto, que ha cambiado una mirada con Juan Roule, al entrar éste se ha retirado á un rincón. Silencio molesto.)

Hargand. *(Con voz breve.)* ¡Hablad; os escucho!

Juan Roule. *(Tono un poco solemne.)* Venimos aquí para tranquilidad de nuestra conciencia. *(Corto silencio.)* Si usted rechaza las proposiciones que en nombre de cinco mil obreros le voy á hacer por última vez, escuso declararle que estamos dispuestos á todas las resistencias. Ni los regimientos que usted llame en su socorro, ni el hambre que sobre nosotros desencadena, nos intimidan. Estas proposiciones son razonables y justas... Usted decidirá sobre la paz ó la guerra. *(Tomando aliento.)* Pongo además en conocimiento de usted que el hecho de haber eliminado de nuestras reclamaciones ciertas mejoras, no significa que las hayamos abandonado, sino que las hemos aplazado, sencillamente. *(Con altivez.)* ¡Así es nuestro deseo! *(Corto silencio. Hargand, hecho una estatua, no se menea ni una arruga de su cara. Juan saca de su bolsillo un papel que consulta de vez en cuando.)* Primero: mantenemos en nuestras reclamaciones la jornada de ocho horas, sin disminución en los salarios. El por qué ya se lo hemos explicado á usted en otra ocasión; huelga, pues, repetirlo. *(Silencio de Hargand.)* Además, noto que hoy no está usted dispuesto á hablar demasiado. Segundo: saneamiento de los talleres. Si, según dice un periódico, es cierto que usted es un hombre de buenos sentimientos, no puede hallar injusta esta pretensión nuestra. Trabajamos en locales mortíferos... En el caso que usted aceptara, en principio, esta condición, á la que concedemos capital importancia, queremos reservarnos el derecho de intervenir en la importancia y naturaleza de los trabajos y la dirección de las obras. *(Hargand continúa inmóvil y silencioso; Juan Roule le mira un instante fijamente; luego hace un gesto*

vago.) ¡Lleguemos hasta el fin, ya que estamos aquí para descargo de nuestras conciencias! *(Corto silencio.)* Tercero: substitución por procedimientos mecánicos en todas las operaciones de abrillantar los metales... Pulir los metales no es un trabajo, es un suplicio y ha desaparecido ya de muchos talleres menos importantes que el de usted. Es un asesinato obligar á los hombres, durante tres horas, á trabajar anegados en sudor, desnudos, con la cara casi pegada á la boca de los hornos, la piel humeando, la gola devorada por la sed, agitando el hierro fundido, haciendo la bola de fuego! Usted sabe bien, que el miserable á quien se condena á esa tortura salvaje, al cabo de diez años ha muerto asesinado. *(Hargand continúa inmóvil; Juan Roule hace un gesto. Pausa.)* Cuarto: severa vigilancia sobre la calidad de los vinos y alcoholes. *(Pausa.)* Usted, que con el pretexto de sociedades cooperativas, ha acaparado todo el comercio, que es á la vez nuestro carnicero, panadero y tabernero, debiera contentarse con ganar algo menos sobre nuestra salud, vendiéndonos otra cosa que no sea veneno. Todo cuanto respiramos en este maldito país es muerte; todo cuanto bebemos, es muerte también. Pues bien; ¡basta de muerte! ¡Queremos comer, beber y respirar para vivir! *(Silencio de Hargand.)* Quinto: y esto es una consecuencia natural y necesaria de la jornada de ocho horas; fundación de una biblioteca obrera, con todas las obras de filosofía, historia, ciencias, literatura, poesía y arte, cuya lista remitiremos á usted... ¡Porque por muy pobre que un hombre sea, no vive de pan solamente...! *(Pausa.)* ¡Tiene, como los ricos, derecho á la belleza! *(Frío silencio.)* Y último: admisión en el taller de los obreros que usted ha despedido durante la huelga, con pago completo de los días que no han trabajado... De lo que á mí se refiere os hago gracia... Firmado el acuerdo me marcharé. *(Deja el papel sobre la mesa de Hargand.)*

Hargand. *(Luego de un corto silencio, sin menearse; con voz rápida.)* ¿Nada más?

Juan Roule. ¡Nada más!

Hargand. *(A Luis Thieux.)* ¿Qué dices tú á todo esto, Thieux? ¿Necesitas bibliotecas á tus años?

Luis Thieux. *(Sin levantar la vista del tapiz.)* ¡Señor Hargand!... ¡señor Hargand!

Hargand. ¡Mirame!

Juan Roule. ¡No insulte usted á ese pobre hombre! ¡Calcule lo que veintisiete años de trabajo en su casa de usted han hecho de él!

Hargand. ¡Ah! Pobre Thieux... ¡Si no estuvieras dominado por este hombre, si tu corazón fuera libre de sus sentimientos, estarías ya arrodillado á mis pies, pidiéndome perdón!

Luis Thieux. *(Como para ir hacia Hargand.)* ¡Señor Hargand! ¡señor Hargand!

Juan Roule. *(Con energía.)* ¡Pregúntale qué ha hecho de tu mujer y de tus dos hijos!

Luis Thieux. *(Con grande esfuerzo.)* ¡Señor Hargand! ¡Sí, es cierto!... ¡No se puede... no se puede vivir! ¡Esto... no es justo!

Hargand. ¡Ni siquiera sabes repetir una lección, viejo imbécil!

Juan Roule. *(Adelantando hacia la mesa de Hargand, con energía.)* ¡Concluyamos! ¿Cuál es la contestación de usted?

Hargand. *(Francamente agresivo, pero conteniéndose todavía.)* ¡Hela aquí! Supongo que me haréis el favor de creer que ni siquiera voy á discutir esos absurdos. Tengo en mi poder los antecedentes de usted, que han llegado un poco tarde, por desgracia, pero los tengo... ¿Usted no se llama Juan Roule?

Juan Roule. Que sea ese ú otro mi nombre, ¿qué le importa á usted?

Hargand. Se lo diré á usted... ¡Usted se ha introducido aquí con documentos falsos!

Juan Roule. ¿Me habría usted dado trabajo sin documentos? ¿Qué más?

Hargand. *(Animándose más y más.)* Usted ha sufrido en Francia, y no quiero ocuparme del extranjero, dos condenas: una por robo y otra por violencias en una huelga... ¡Está usted fuera de la legalidad!

Juan Roule. ¿Y qué más?

Hargand. ¡Y está usted comprometido en asuntos anarquistas!... ¡Es usted un ladrón, un asesino!

Juan Roule. ¿Y qué más?

Hargand. ¿Qué más? *(Se levanta colérico.)* ¿Y si yo os entregara á la justicia?

Juan Roule. *(Con altivez amenazadora.)* ¡A ver, inténtelo usted!

Roberto. *(Interviniendo.)* ¡Sea quien fuere este hombre, está aquí bajo la salvaguardia de su honor de usted y del mío!

Hargand. *(A Roberto, furioso.)* ¡Tú!.... *(No termina. Como loco, dirigiéndose á los delegados.)* ¿Qué hacen ustedes aquí? ¡Fuera! Les arrojo de mi casa... ¡Fuera de aquí!

Juan Roule. Estaba previsto. ¡Marchémonos!

Hargand. Sí, sí; á la calle; ¡fuera! ¡fuera! *(Los delegados se dirigen hacia la puerta. Juan Roule les hace pasar delante.)*

Juan Roule. *(Dirigiéndose á Hargand.)* ¿De modo que lo que usted quiere es guerra, guerra sin tregua ni cuárel? ¡No olvide que somos cinco mil! Si no tenemos más que nuestros pechos para luchar con los fusiles de esos soldados que vienen á protegerle á usted, sabremos al menos morir hasta que quede uno en pie. ¡Eso téngalo usted por seguro! ¡Soy yo quien lo dice! *(Sale.)*

ESCENA VI

HARGAND, ROBERTO

Hargand. *(Se pasea furioso por la sala, dando vuelta á los muebles, como loco de repente.)* Y á ti también... ¡Te arrojo á la calle! ¡Que no te vea más por aquí! ¡Fuera, fuera!

Roberto. ¡Ah padre! ¡usted y nadie más es el culpable de lo que pasa! *(Sale.)*

ESCENA VII.

HARGAND, LUEGO UN CRIADO

(Hargand anda por la sala largo rato. Por el desorden de sus actitudes, por sus gestos y ademanes, se adivina que sostiene una gran lucha consigo mismo y que se halla en un estado entre la ira y el sollozo... Efecto escénico... Toca el timbre... Se presenta un criado.)

Hargand. Que venga el señor Maigret inmediatamente.

El criado. Muy bien, señor. *(Sale precipitadamente. Una vez fuera el criado, Hargand vuelve á demostrar exasperación con gestos y ademanes desordenados; rendido al fin, se deja caer en un sillón. La cabeza entre las manos... Solloza... Entra Maigret.)*

ESCENA VIII

HARGAND, MAIGRET

Maigret. *(Al ver á Hargand postrado se detiene un instante en la puerta; luego corre hacia él.)* ¡Señor! ¿Qué ha sucedido? ¿Llora usted? ¡Eso no es posible! ¡Señor! *(Hargand no contesta, solloza.)* ¡Cuénteme usted algo!

Hargand. ¡Es mía la culpa! ¡Sí, mía, mía!

Maigret. ¿Pero de qué culpa se trata?

Hargand. ¡Me he vuelto loco! Ha sido un momento de arretrato... Los he echado á todos de casa... ¡á todos!

Maigret. ¿Y cómo ha sucedido eso?

Hargand. ¡No lo sé, no recuerdo por qué he hecho eso!... ¡Maigret! *(Le coge la mano.)*

Maigret. ¡Señor Hargand!

Hargand. ¡He quedado sin fuerzas... sin energías! ¡Estoy herido de aquí! *(Acompaña la mano de Maigret á su corazón.)* ¡De aquí! ¡Me han quitado á mi hijo... y es mía la culpa! ¡No he sabido atraérmelo!... ¡Y puesto que me han quitado á mi hijo... que se lo lleven todo!... ¡todo, mi casa, mi fábrica!... ¡Lo abandono... no quiero nada!

Maigret. ¡No es usted quien habla! ¡No es posible que usted hable así!

Hargand. Sí, sí; Maigret... soy yo... ¡ay de mí!... ¡yo!

Maigret. ¡No; no puede ser!

Hargand. *(Con grande esfuerzo.)* ¡Además yo creía haber sido un buen hombre... haber hecho el bien á cuantos me rodean... haber vivido siempre de un trabajo útil! Esta fortuna de la que me sentía orgulloso—torpe orgullo, Maigret—porque era un alimento para mis deseos de producción, y que me parecía distribuirla con justicia, con todos los otros; esta fortuna, pues, de la que jamás creí haber hecho un mal uso y de la cual me creía digno por mis méritos, y que consideraba que era algo así como resultado de mi trabajo, de mi voluntad... de mi cerebro, de mi inteligencia...

Maigret. ¿Y qué? ¿Acaso no es así?

Hargand. *(Con abandono.)* ¡Eso parece!...

Maigret. ¡O yo sueño, ó esas gentes le han trastornado á usted la cabeza!

Hargand. ¡No me han pedido más que cosas justas!

Maigret. *(Meneando la cabeza.)* ¡Cosas justas, Juan Roule!... ¡Me extraña mucho!

Hargand. ¡Quieren vivir, y eso no es... no puede ser un crimen!

Maigret. En fin; los escrúpulos le hacen á usted vacilar nuevamente. Sin embargo no es este el momento más á propósito... y le ruego que haga usted un esfuerzo para recobrar la serenidad... la energía... ¡La necesitamos al objeto de evitar mayores desgracias todavía!... Si se deja usted abatir por quimeras, ¿qué vamos á hacer nosotros? Su estado se explica... No ha querido usted escucharme y hace tres noches que no duerme, que no descansa... que al contrario... se mata trabajando. ¡Por grandes que sean las fuerzas de un hombre, tienen sus límites como todas las cosas, y cuando el cuerpo está rendido, el espíritu desfallece... Si hubiera usted descansado como debía, nada de esto hubiese sucedido!... ¡Yo duermo todas las noches y me repongo bien los esfuerzos. Sin eso, ya haría tiempo que el cansancio me hubiera hecho divagar como mujer histérica!

Hargand. ¡Mi hijo, Maigret, mi hijo! *(En este momento se oye el sonar, aún lejano, de trompetas. Maigret y Hargand escuchan y se miran. Los sonidos se aproximan.)*

Maigret. En fin... los soldados. *(Va hacia la ventana.)*

Hargand. *(Hace un gesto como abatido.)* ¡Ya! *(Trompetería. Telón.)*

FIN DEL ACTO TERCERO



PARIS

(Continuación.)

A pesar de las condiciones de este hombre influyente y amable, Pedro no le quería mucho, y tan sólo le agradecía una cosa, el haber hecho nombrar al buen abate Rose vicario en San Pedro de Montmartre, sin duda á fin de impedir el escándalo de que un anciano sacerdote fuera castigado por un exceso de caridad.

Y al encontrarle, al oírle así, en aquel púlpito de la Magdalena, prosiguiendo su campaña de conquista, Pedro se le representaba en casa de los Duvillard, en la primavera última, cuando había llevado á bien, con su ordinaria maestría, la conversión de Eva al catolicismo, su más hermoso triunfo. El bautismo se verificó en aquella misma iglesia, con una ceremonia de extraordinaria pompa, con una verdadera gala, ofrecida al público de todos los grandes acontecimientos parisienses. Gerardo, arrodillado, se conmovió hasta derramar lágrimas; mientras que el barón triunfaba, como buen esposo, feliz al ver que la religión establecía al fin la armonía perfecta en su casa. Referíase en los grupos que la familia de Eva, el viejo Justo Stinberger, su padre, no estaba muy contristado en el fondo por la aventura, y burlábase, diciendo que conocía lo suficiente á su hija para no importarle que perteneciese á su peor enemigo. En la Banca hay valores que se desea ver descontados en casa de los rivales; y sin duda con la esperanza tenaz del triunfo de su raza, y consolándose del fracaso de su primer cálculo, decíase que una mujer como Eva era un buen disolvente en una familia cristiana, cuya acción contribuiría á que cayese en manos judías todo el dinero y todo el poder.

Pero la visión desapareció; la voz de monseñor Martha elevábase con una amplitud creciente, celebrando, en medio del estremecimiento del auditorio, los beneficios del Espíritu nuevo, que iba por fin á pacificar la Francia y á devolverle su categoría y su fuerza. ¿No anunciaban por todas partes señales seguras esta resurrección? El Espíritu nuevo era el despertar de lo ideal, la protesta del alma contra el materialismo, el triunfo del espiritualismo sobre la literatura fangosa; era también la ciencia admitida, pero puesta en su lugar, reconciliada con la fe desde el momento que no pretendía ya invadir el dominio sagrado de ésta; y era también la democracia acogida paternalmente, la República legitimada, reconocida á su vez como hija bien amada de la Iglesia. Esta última abría su corazón á todos sus hijos; y no habría más que concordia y alegría, si el pueblo, obedeciendo al nuevo Espíritu, se entregaba al padre de amor como se había entregado á sus reyes, reconociendo el único poder de Dios, soberano absoluto de los cuerpos y de las almas.

Pedro escuchaba ahora con atención, y preguntábase dónde había oído ya palabras casi idénticas. De pronto recordó, y parecióle oír de nuevo en Roma á monseñor Nani en la última conversación que habían tenido juntos. Volvía á ver en esto el sueño de un Papa demócrata, que dejaba las monarquías comprometidas, esforzándose para conquistar el pueblo. Puesto que César había caído, ¿no podía el Papa realizar la ambición secular, ser emperador y pontífice, y el Dios soberano universal? Era el sueño que él mismo, en su candidez humanitaria de apóstol, había tenido en otro tiempo, al escribir su *Roma Nueva*, y de que tan rudamente le había despertado la Roma verdadera. En el fondo, aquello era una simple política hipócrita y engañosa, política de cura, que tiene los siglos para sí y se empeña en la conquista con tenacidad, resuelta á utili-

zarse de todo. ¡Y qué evolución la de la Iglesia, viniendo á la ciencia, á las democracias y á las repúblicas, convencida de que las devorará si le dejan tiempo para ello! ¡Ah sí, el Espíritu nuevo, el antiguo espíritu de dominación que sin cesar se renueva, siempre con la misma hambre de vencer y de ser dueño del mundo!

Entre el auditorio, Pedro creía reconocer á varios diputados de los que había visto en la Cámara. ¿No era una hechura de Monferrad aquel caballero alto de la barba rubia, que escuchaba con aire devoto? Decíase que Monferrad, en otro tiempo devorador de sacerdotes, sonreía ahora al clero. Toda una sorda evolución comenzaba en las sacristías; circulaban órdenes llegadas de Roma, y tratábase de unirse al nuevo gobierno para absorberle invadiéndole. Francia era siempre la hija mayor de la Iglesia, la única gran nación bastante sana y fuerte para restablecer un día al Papa en su reinado temporal; y era necesario, de consiguiente, tenerla para sí, pues aun republicana, sería digna de ello. En esa ruda lucha de ambiciones entre diplomáticos, el obispo se utilizaba del ministro, que creía tener interés en apoyarse en el obispo. ¿Quién de los dos acabaría por devorar al otro? ¡Y qué papel hacía la religión como arma electoral, complemento de votos en las mayorías, razón decisiva y secreta para obtener una carteral! ¡La divina caridad estaba ausente, y un sentimiento de amargura invadía el corazón de Pedro al recordar el reciente fallecimiento del cardenal Berge-rot, el último de los grandes santos, de los espíritus puros del episcopado francés, en el cual no habría al parecer en lo sucesivo más que intrigantes y necios!

Sin embargo, la conferencia tocaba á su fin; Monseñor Martha, en un entusiasta discurso, en que evocaba la basílica del Sagrado Corazón, allí arriba en el monte sagrado de los Mártires, dominando París con el símbolo salvador de la cruz, mostraba la gran ciudad, que volvía á ser cristiana, dueña del mundo, gracias á la omnipotencia moral que le daba el soplo divino del Espíritu nuevo. El auditorio, no pudiendo aplaudir, produjo un murmullo de arrobamiento aprobador, satisfecho de aquel fin milagroso que aseguraba los intereses y las conciencias. Después, monseñor Martha abandonó gravemente el púlpito, mientras que un gran rumor de sillas perturbaba la tranquilidad de la Iglesia, iluminada apenas por algunos cirios, los cuales lucían como las primeras estrellas en el cielo crepuscular. Toda una multitud de sombras vagas comenzó á salir, y solamente quedaron mujeres arrodilladas que rezaban.

Pedro, inmóvil, se empinaba para ver dónde estaba el abate Rose, cuando una mano le tocó: era el anciano sacerdote, que le había divisado desde lejos.

—Estaba allí abajo, cerca del púlpito, y le he visto, amigo mío; pero he preferido esperar un poco para no molestar á nadie... ¡Qué hermoso discurso ha pronunciado monseñor!

El anciano parecía muy conmovido, en efecto; pero la tristeza era lo que contraía su boca de bondad y una dulce sonrisa iluminaba su blanco rostro.

—Temía que se marchase usted sin haberme visto—continuó—, pues deseaba decirle una cosa... No habrá olvidado á ese pobre anciano á quien le envié esta mañana, rogando á usted que se interesase por él... Pues bien, de vuelta á mi casa, encontré una señora que me trae algunas veces un poco de dinero para mis pobres; entonces pensé que los tres francos que le entregué á usted era verdaderamente un socorro muy pobre, y como esta idea me atormentaba como si fuese un remordimiento, no pude resistir al deseo de ir esta tarde á la calle de los Sauces...

El anciano bajaba la voz por respeto, á fin de no turbar el profundo silencio sepulcral de la iglesia. Una sorda vergüenza, por haber incurrido de nuevo en su pecado de

caridad imprudente y ciega, según le decían sus superiores, le hacía balbucear, y concluyó en voz muy baja, estremeciéndose:

—Pues imagínese usted, hijo mío, cuál sería mi dolor... Llevaba cinco francos para entregárselos al pobre hombre, y le hallé muerto.

Pedro se estremeció é hizo un brusco movimiento: no quería comprender.

—¿Cómo muerto? ¿Ese anciano, ese Laveuve ha muerto?

—¡Sí, y en qué espantosa miseria... sobre un montón de trapos y en el fondo de un agujero! Ningún vecino le prestó auxilio, y no hizo más que volverse hacia la pared para morir. ¡Pero qué desnudez, qué frío, qué abandono, qué angustia para ese infeliz acabar de tal modo, sin una caricia! ¡Ah! ¡Mi corazón se contristó, y aún está dolorido!

En su emoción, Pedro no hizo al pronto más que un ademán de cólera contra la imbécil crueldad social. ¿Era la causa aquel pan que dejó cerca del infeliz, y que éste devoró demasiado ávidamente tal vez después de largos días de abstinencia? ¿No era más bien el desenlace fatal de una existencia gastada ya por el trabajo y las privaciones? ¿Pero qué importaba la causa? La muerte se había producido, dejando al fin libre al pobre hombre.

—No es á él á quien compadezco—murmuró al fin—, sino á nosotros mismos, que presenciando todas esas cosas somos culpables de semejante abominación.

Pero el buen abate Rose se resignaba y no quería más que perdón y esperanza.

—¡No, no, hijo mío—exclamó—; la rebelión es mala! Si todos somos culpables, no podemos hacer más que implorar á Dios para que olvide nuestras faltas... Le he citado á usted aquí, esperando una buena noticia, y yo soy quien viene á darle cuenta de un incidente espantoso... Hagamos penitencia, oremos.

Y se arrodilló sobre las baldosas, cerca del pilar, detrás de las mujeres que estaban allí rezando, negras y confusas en la sombra. Su cabeza blanca se inclinó, manteniéndose baja largo rato.

Pero Pedro no podía rezar á causa de su excitación, y sin doblar siquiera las rodillas, permaneció en pie. Su corazón estaba como ulcerado; en sus ojos ardientes no había una lágrima. ¡Laveuve había muerto tendido sobre sus andrajos, con las manos crispadas, en el afán de aferrarse á su vida de tormento; mientras que él, poseído de su llama de caridad, de un celo de apóstol, recorría todo París á fin de encontrar para el desgraciado un lecho para pasar la noche! ¡Ah! ¡qué atroz ironía! ¡Sin duda él estaba en casa de los Duvillard, en el cálido salón azul y plata, mientras que el viejo se moría! ¡Y por aquel infeliz había ido después á la Cámara, á casa de la señora de Quinsac, á la de Silviana y á la de Rosamunda; y para salvar aquella vida había molestado á varias personas, perturbando los egoísmos, la tranquilidad de los unos y los placeres de los otros! ¿De qué servía correr desde la caverna parlamentaria al frío salón donde se helaba el polvo del pasado, puesto que se llegaba siempre demasiado tarde para salvar á los que al fin habían sucumbido? ¡Qué ridiculez dejarse abrasar de nuevo por la llama de la caridad, cuando del último incendio no quedaban en él ya más que cenizas! Esta vez se creyó muerto él mismo pensando que ya no era más que un cuerpo sin alma.

Y parecióle que aquel espantoso vacío que sintió por la mañana en el Sagrado Corazón después de su misa, se profundizaba más y más hasta el punto de llegar á ser insondable. Con la caridad ilusoria é inútil, el Evangelio se hundía y el fin del Libro estaba próximo. Al cabo de siglos de obstinadas tentativas, la redención por Jesucristo fracasaba, era preciso otra salvación para el mundo, ante la necesidad exasperada

de justicia que acosaba á los pueblos burlados y míseros. Ya no querían el paraíso engañoso con que se mecía desde hacía tan largo tiempo la iniquidad social; que se dejase para la tierra la cuestión de la felicidad. ¿Cómo? ¿Por qué nuevo culto? ¿Por qué esa dichosa inteligencia entre el sentimiento de lo divino y la necesidad de honrar la vida en su soberanía y su fecundidad?

Aquí comenzaba la angustia, el problema martirizador donde el abate acababa de hundirse, él, con sus votos de hombre casto y de ministro de lo absurdo, pero aislado de los demás.

Pero la justificación del hecho era por lo mismo más temible: el abate dejó de creer en la eficacia de la limosna; ser caritativo no bastaba; tratábase de ser justo en lo sucesivo, esto ante todo, y la espantosa miseria desaparecería, sin que fuese necesario ser caritativo. Ciertamente no faltaban buenos corazones en ese París doloroso, y las obras de caridad pululaban como las hojas verdes cuando soplan las primeras brisas tibias de la primavera. Había para todas las edades, para todos los peligros, para todos los infortunios; se socorría á los niños antes de que nacieran, inquietábanse por las madres; luego venían las cunas, las orfandades, para las diversas clases; y después de ocuparse también del adulto, seguía al hombre en la vida, procurando ante todo, cuando llegaba á la vejez, multiplicar los asilos, los hospicios y los refugios. Y todas las manos se tendían á los abandonados, á los criminales mismos, formándose toda clase de asociaciones para proteger á los débiles y evitar los crímenes, así como casas para recoger á los arrepentidos. Propagación del bien, patronato, salvamento, asistencia, unión; se hubieran necesitado páginas y más páginas solamente para enumerar esa vegetación extraordinaria de la caridad que crece en el suelo de París, con magnífico impulso y donde la bondad del alma se mezcla con la vanidad mundana. Poco importa esto si la caridad lo purifica todo; pero ¡qué terrible argumento era la inutilidad absoluta é irrisoria de esta caridad! Al cabo de tantos siglos de caridad cristiana, ni una llaga se había cerrado y la miseria no hacía más que aumentar, enconándose hasta la rabia. El mal, agravado de continuo, llegaba hasta el punto de no poderse tolerar ni un día más desde el momento en que la injusticia social no se remediaba, ni disminuía siquiera. Y por lo demás, ¿no bastaba que un anciano muriera de frío y de hambre para que se hundiese el armazón de una sociedad formada sobre la limosna? Una sola víctima y esta sociedad quedaría condenada.

Pedro sintió que la amargura se desbordaba en él de tal modo que no pudo permanecer más tiempo en aquella iglesia, donde la sombra lenta seguía invadiendo los santuarios, los grandes cristos pálidos clavados en las cruces. Todo iba á hundirse y no esperaba más que el murmullo moribundo de las oraciones, una queja de las mujeres que allí oraban, perdidas en el fondo de las tinieblas.

Sin embargo, vacilaba en alejarse sin decir una palabra al abate Rose, cuya súplica de fe cándida se confiaba á la buena voluntad de lo invisible, para la dicha y la paz de los hombres. Temía molestarle y se decidía á marchar, cuando el mismo abate levantó la cabeza.

—¡Ah, hijo mío, qué difícil es ser bueno con sabiduría! Monseñor Martha me ha reprendido de nuevo, y sin Dios que me perdona, temblaría por mi salvación.

Durante un momento Pedro se detuvo bajo el pórtico de la Magdalena, en lo más alto de la vasta gradería que domina la plaza por encima de las verjas. Delante de él extendíase la calle Real que penetraba hasta la plaza de la Concordia, donde se veían el obelisco y las dos fuentes; y más lejos aún, la columnata pálida de la Cámara de

los diputados, cerrando el horizonte. Era una perspectiva de soberana grandiosidad, bajo el cielo claro, invadido por el lento crepúsculo, que parecía ensanchar las vías y alejar los monumentos, comunicándoles el más allá tembloroso y fantástico del sueño. Ninguna capital del mundo tenía ese aspecto de ostentación quimérica y de magnificencia grandiosa, en la hora vaga en que la noche que comienza lleva á las ciudades un aire soñoliento, lo infinito de la inmensidad humana.

(Continuará.)

EMILIO ZOLA.

Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.)

SECCIÓN GENERAL

ENTRE JARAS Y BREZOS

(CONTINUACIÓN)

La explotación de la mina tomó grande incremento; diariamente salían veinte trenes cargados de mineral, con lo que la Compañía se iba enriqueciendo.

Grandes desmontes se hacían en los terrenos de M. Un inmenso hoyo estaba ya abierto formando bancos á modo de pasos de escalera. A este hoyo se le llamó corta; de aquí partían en todas direcciones muchas galerías subterráneas, de donde sacaban el mineral más fácilmente que si para esto hubiesen tenido que quitar toda la capa de tierra que lo cubría. A estas galerías se les dió el nombre de contramina.

Cuando ya estas galerías tomaron dimensiones considerables, hubo necesidad de abrir pozos que dieran á flor de tierra, con objeto de ventilarlas.

En estos pozos se colocaron escaleras, que se sucedían de piso en piso, con objeto de que á los obreros que trabajaban en ellas les fuera más fácil y más pronta la entrada que si para hacerlo hubiesen tenido que entrar por las bocas que daban á la corta por donde entraban las locomotoras.

Con tantos desmontes y tanto remover la tierra las aguas potables huyeron del pueblo, convirtiéndose en agrias. (Esta fué la primer calamidad que sintieron los habitantes de M.) Las aguas, al pasar por el mineral, cogían grado de cobre, y la Compañía hizo balsas de madera, donde deteniéndolas y echando allí lingotes de hierro colado, salían ya con muy poco grado.

El hierro en el agua se iba gastando, convirtiéndose en un barro muy fino de color cobrizo. Después el barro ó *babaza*, como se llamaba, lo llevaban á los *calentadores*, hornos que lo secaban. De allí lo echaban en hornos de fundición, saliendo ya en lingotes de cobre.

Este procedimiento tan fácil de extraer el cobre hizo que ensayaran otro nuevo, por el cual la extracción sería en mayor cantidad.

Hicieron grandes teleras de mineral crudo, prendiéndole fuego para quitarle la parte azufrosa. Después de calcinado se observó que tomaba el mismo color cobrizo que la babaza de las aguas. La piedra mineral con el fuego se abría y desmoronaba, para dejar paso al azufre que, en grandes espirales de humo, se extendía por el espacio infectando la atmósfera. El mineral en fermentación se iba uniendo á medida que despidía el azufre, y á veces para romper una telera se necesitaba de picos y dinamita.

Ya calcinado, lo echaban en los hornos, de donde salía transformado en *mata*.

La *mata*, vuelta á otra fundición, salía más purificada y de más peso.

Esto es lo que se hacía en M.

Después, en las grandes fundiciones del extranjero, se procedía á la separación de metales.

El humo de las teleras comenzó á ejercer su perniciosa influencia sobre la agricultura. Grandes, inmensas *mantas* de humo, condensado en la calcinación durante las serenas noches, se extendían por el día con la influencia del sol por los campos de M., abrasando los sembrados y los árboles.

Los propietarios comenzaron á mostrar su disgusto por aquel procedimiento que había adoptado la Compañía minera de quemar los minerales al aire libre, y en razonada y justa solicitud pidieronle desistiera de aquel procedimiento, que de seguir en su continuación los dejaría completamente arruinados.

La Compañía no dió oídos á las justas quejas de los propietarios, y siguió calcinando el mineral cada vez en mayor cantidad.

En vista de lo inútil de su petición, dirigiéronse al gobierno de la nación, para que éste prohibiese á la Compañía que calcinase mineral en M.; pero los individuos del gobierno, mirando más por sus propios intereses que por el de los pueblos confiados á su gobierno, desatendieron también la solicitud del pueblo.

Una lucha tenaz se entabló entre los propietarios y la Compañía.

Diputados hubo que hablaron en el Congreso de lo perjudiciales y nocivos que eran los humos; pero ¡oh! la Compañía tenía en las Cortes su representante y defensor, y éste salió victorioso en aquella discusión, si no para la opinión pública, para el gobierno y sus servidores.

En vista de esto pusieronle pleito á la empresa; pero ésta, más rica que todos ellos juntos, y contando con la protección del gobierno, lo ganó.

La Academia de Medicina informó sobre esto, y dijo por boca de uno de sus autorizados miembros «que los humos molestaban, pero no dañaban ni mataban». Todo esto sin haberse tomado la molestia los señores académicos de ir al pueblo de M. á estudiar sobre el terreno la cuestión.

En cinco años quedó arruinado por completo el pueblo; los árboles se fueron secando, y las sementeras que sembraban se perdían sin llegar á dar fruto.

La tierra, de fecunda y próspera, se esterilizó por completo. Ya los hijos de M. no podían gustar del sabroso gusto de la fruta cogida de las ramas del árbol. Ya no podían agacharse á beber el agua cristalina de la fuente rodeada de verde césped. Ya no podían sentarse en los días cariculares á la deliciosa sombra de los árboles aspirando esos suaves efluvios de la Naturaleza. Ya no podían percibir el sutil aroma de las flores de sus prados. Ya no podían sentir sobre su frente la fresca y aromatizada brisa que antes los besaba, después de haber atravesado sus huertas cuajadas de árboles, semejantes á vírgenes selvas americanas, ricas en frutos y en aromas. Ya no podían ver por allí el paso de las aves ni oír las tiernas melodías de sus amores... Ya la joven del pueblo no podía salir por las mañanas y por las tardes á regar las flores de su balcón, deleitándose en su contemplación, viéndolas crecer y abrirse sus capullos... Ya en M. todo era muerte, horrible, feo y prosaico, como el seno de una tumba.

AURELIO MUÑIZ.

(Continuará.)

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.